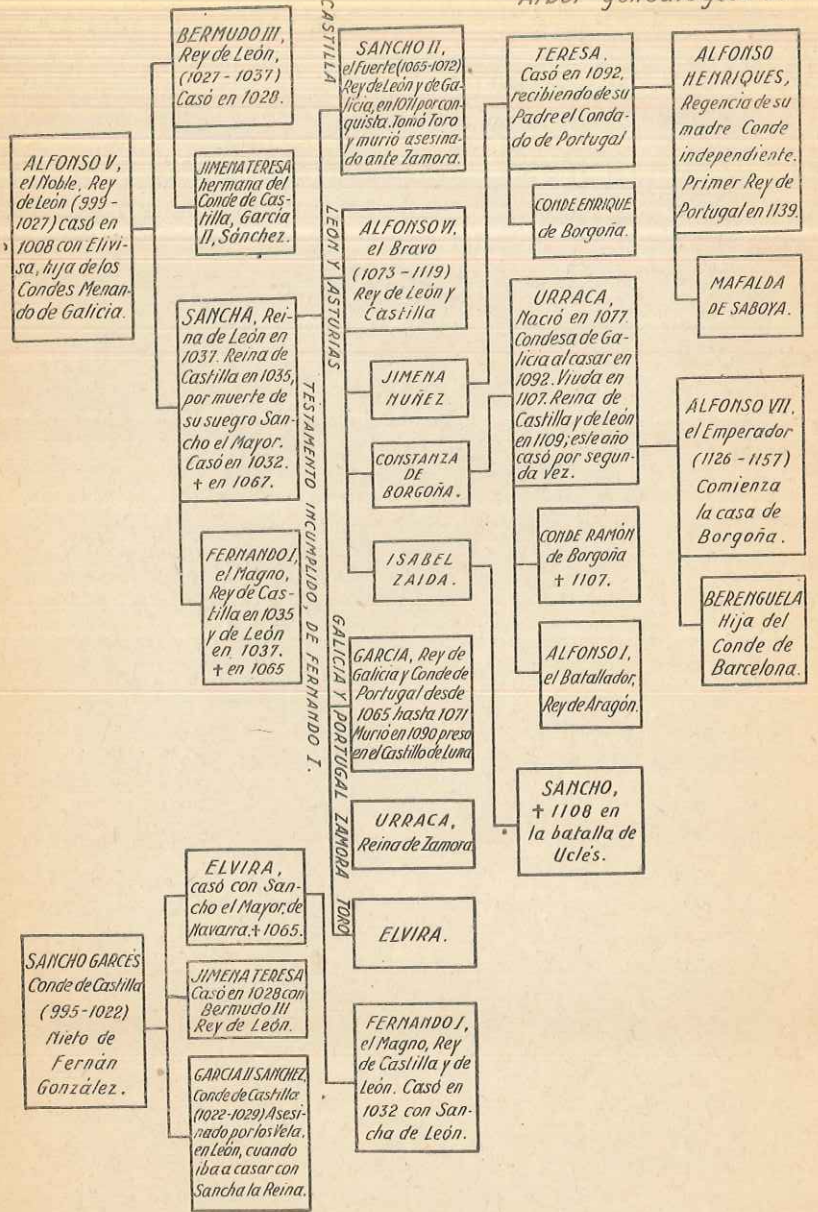
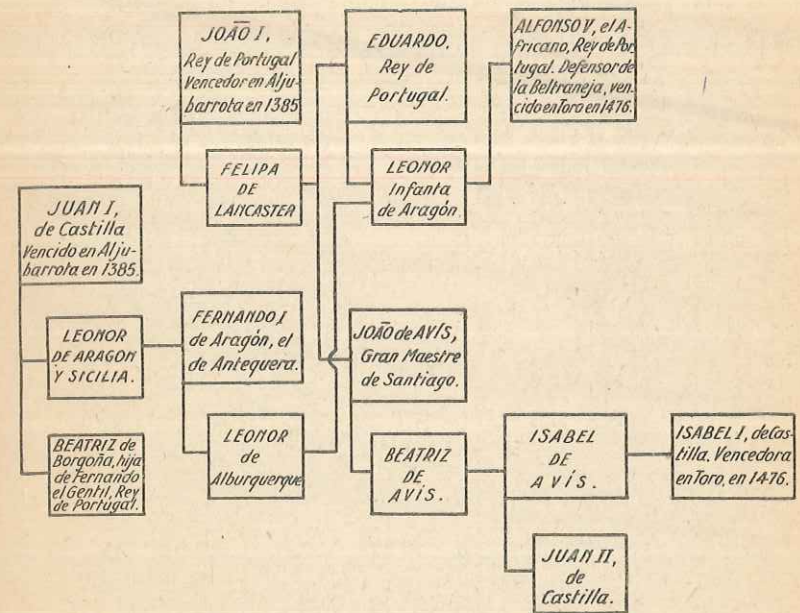


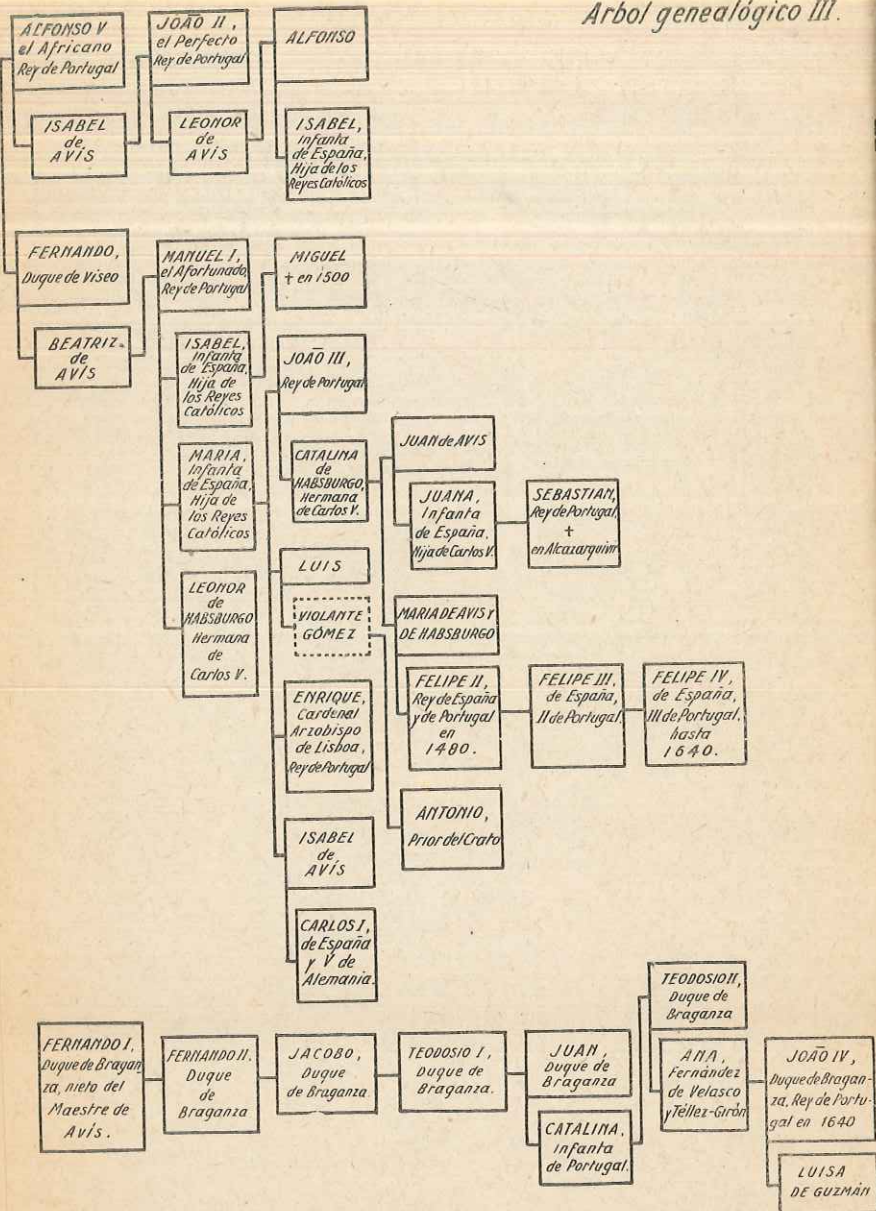
Arbol genealógico I.



Arbol genealógico II.



Arbol genealógico III.



PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION
ESPAÑOLA (I)

Tuvo el general Primo de Rivera particular empeño en prologar esta obra, que ha esperado en la imprenta muchos meses, en la ilusión de que el volumen apareciera precedido de su palabra autorizada. No ha podido ser. La presión de los negocios públicos, sobre todo en el último año de su vida, fué tan abrumadora, que no hubo nunca momento en que el presidente del Consejo pudiera concentrarse para escribir su pensamiento sobre los vastos temas que ofrece el libro de Sardinha a la meditación de las mentalidades gobernantes.

Hemos de quedarnos sin saber lo que pensaba de La Alianza Peninsular el llorado jefe del Gobierno español. Tenemos derecho, sin embargo, a postular su simpatía, en general, con las tesis de la obra, no sólo por su decisión de prologarla, sino por los actos de su política respecto a Portugal, todo ellos de franca amistad, lo mismo en lo grande que en lo chico. Durante su gobierno se resolvió la antigua y magna

(I) Año 1930.

cuestión de los Saltos del Duero, en que las dos naciones estaban atascadas desde hace varias décadas. En 1928, se firmó el Tratado de Arbitraje entre ambos pueblos. Ese año también se estudiaron los preliminares para un posible Tratado de Comercio. En 1927, se suprimió, a instancias del Gobierno portugués, el coeficiente por moneda depreciada que regía en las aduanas españolas para las importaciones de Portugal. Ese año conferenciaron las administraciones de los ferrocarriles portugueses, españoles y franceses para la mejora del tráfico, y se tendió un cable de Málaga a Lisboa. Al año siguiente se estableció el teléfono directo entre Lisboa y Madrid. Numerosos intelectuales españoles han visitado en estos años el país vecino para estudiar asuntos portugueses. En ese tiempo se ha preparado la construcción de la Casa de España en Lisboa, para sede de nuestro Consulado, Patronato del Turismo y Cámara de Comercio. En Octubre de 1928, se celebró en Madrid la Exposición del Libro Portugués. En Julio del año anterior había visitado Lisboa la Banda Municipal de Madrid. El "Almirante Cervera" fué a Lisboa en Abril de 1929. En Viana do Castello y en Mondariz se entrevistaron nuestro presidente del Consejo y el de Portugal. En Octubre de 1929 nos visitó el presidente Carmona. Inútil decir que estas entrevistas y visitas suscitaron en los periódicos los comentarios más afectuosos para los dos países. Al crearse en España el Patronato Nacional del Turismo se ha instituido, por iniciativa del marqués de Quintanar y decisión del general Primo de Rivera, una Delegación especial para las relaciones con Portugal, cosa

que no se ha hecho con ningún otro país. La misma publicación de La Alianza Peninsular, en los folletones de La Nación, dice ya por sí sola lo que de Portugal sentía el general Primo de Rivera.

Es que el patriotismo del buen español no puede contentarse con amar a España. Algo hay de común, además de la sangre y del idioma, en todos los pueblos hispánicos, y eso que tienen de común es lo que en ellos vale más. Sardinha recuerda en su libro que cuando era joven Primo de Rivera, tuvo que pelear en Filipinas con el cabecilla Aguinaldo. Lo recordó el propio Aguinaldo al celebrarse en Manila, el 25 de Julio de 1924, el día del Apóstol Santiago, que tomó aquel año la designación especial de "Fiesta de España". En el diario de Manila La Defensa, escribió Aguinaldo: "España, por medio de la fe cristiana, elevó a sus colonias a su propio nivel, comunicándolas los mismos cánones espirituales y morales que ella profesa". Y el antiguo rebelde acabó llamando a España "querida madre de Filipinas". Pero la lectura del libro de Sardinha ilustrará este punto del común patriotismo hispánico, con tanta claridad, que me parece muy difícil que pueda avergonzarse de ser español o portugués o hispano-americano, el hombre que medite sobre los conceptos que en este volumen se van desarrollando. De lo que se avergonzará es de no poseer las cualidades y virtudes adecuadas para poder servir con eficacia el ideal elevadísimo que los pueblos hispánicos han defendido y difundido en sus mejores tiempos.

La publicación en libro castellano de La Alianza

Peninsular va a servir para que empiece a erguirse, entre los pueblos de nuestra habla, una figura que antes de mucho tiempo se alzará en el horizonte del espíritu como uno de los grandes profetas de la Hispanidad. Apenas se explica que nadie pueda lograr lo que Antonio Sardinha en los treinta y siete años de su vida. Nació en Monforte de Alemtejo en Septiembre de 1887; se doctoró en Derecho en Coimbra el 25 de Julio de 1911; fué diputado monárquico, bajo la presidencia de Sidonio Paes, en 1918; vino después a España en Enero de 1919; volvió a Portugal en Mayo de 1921, y allí murió en Enero de 1925. En tan breve plazo logró persuadir a los intelectuales portugueses de su generación, de que la mayor necesidad de Portugal es "reaportuguesarse". Y como su estancia en España le mostró que los españoles padecíamos del mismo daño que los portugueses, pero en mayor escala, escribió La Alianza Peninsular, en primer término, para que los pueblos hispánicos de Europa nos rehispanicemos, y también para que nos hermane la conciencia de nuestra común misión histórica.

Antonio Sardinha fué el creador y el propulsor del movimiento llamado "integralista", cuya idea madre consistía en la creencia de que la salud de la sociedad portuguesa sólo podía hallarse "en el regreso a las condiciones naturales de su formación y desenvolvimiento". Lema para esta regresión lo halló Sardinha en una frase de Renan: "Hay que tomar el partido de nuestros mayores contra el partido de nuestros padres". Los padres espirituales de Sardinha, Eça de Queiroz, Guerra Junqueiro, Ramalho

Ortigao, Fialho d'Almeida, y un poco más atrás Oliveira Martins, Antero de Quental y Camilo Castello Branco, constituyeron dos generaciones de escritores que habrían llenado el mundo de haber nacido en alguno de los pueblos donde en aquellos tiempos se fabricaban las grandes reputaciones literarias. Todos ellos fueron patriotas, tan saturados de la grandeza de Portugal en el pasado como desesperados de su pequeñez contemporánea. Recordad el sarcasmo de Queiroz:

"Todavía ayer pensaba yo que nosotros, los peninsulares, no hemos sido siempre una nación estrecha, de pequeñas tendencias, soñolienta, chata, fría, burguesa, llena de espantos y de servilidades; y que esta vieja esquina de la tierra, llena de árboles y de sol, había sido patria fuerte, sana, viva, fecunda, hermosa, aventurera, épica. ¡Ah!, fué hace mucho tiempo..."

El contraste entre el esplendor histórico y la mezquindad presente hizo pensar a aquellas luminosas almas emancipadas, pero creyentes del dogma de Rousseau: "El hombre nace libre, y se encuentra dondequiera encadenado", que lo que Portugal necesitaba es que se "le sacudieran las cadenas", y se pusieron a destruir lo que quedaba de sus instituciones tradicionales: los respetos sociales, el orden monárquico y la fe religiosa. Cuando Sardinha empezó a escribir, en 1911, al antiguo entusiasmo que sintieron estos hombres por su lema de borrón y cuenta nueva, había sucedido la desilusión. Castello Branco, el novelista del individualismo, y Antero, el espectral, se habían suicidado hacía ya tiempo, y to-

dos los demás, Oliveira Martins, Ramalho Ortigao, Eça de Queiroz, Fialho d'Almeida y Guerra Junqueiro habían ya expresado su arrepentimiento o estaban en camino de expresarlo. El propio Guerra Junqueiro repudió antes de morir su libelo anticristiano La vejez del Padre Eterno, y expurgó de su libro Patria los pasajes denigrantes para la dinastía de Braganza y para el desgraciado Carlos I, que tanto habían contribuido a la revolución.

Pero de desencanto no se vive. La originalidad de Sardinha fué comprender que Portugal necesitaba una doctrina, una finalidad, una razón de ser. Cada país ha de buscar en su pasado su idea directriz, y lo que la historia de Portugal y España le ha enseñado a Sardinha es que nuestros dos pueblos son monarquías católicas que prosperaron y florecieron en tanto que el mundo concebía el hombre como persona, es decir, en la familia, en el gremio, en el municipio, en la nación. Personalidad, dicen los diccionarios filosóficos, es lo que el individuo sólo alcanza en la sociedad y en reciprocidad con los demás. Desde la hora nefasta en que prevaleció en el mundo el sentido "individualista" de los hombres y de los pueblos, España y Portugal empiezan su declive, que no cesará, según Sardinha, hasta que los dos pueblos peninsulares se quiten de encima la túnica de Nesos, que los envenena y paraliza, y recobren el espíritu que les hizo imponer en Trento el dogma español de la posibilidad de salvación de todos los hombres de la tierra, por cuyo dogma incorporamos a nuestro propio ideal de civilización a todas las razas con las que nos pusimos en contacto, en vez de

limitarnos a explotarlas o de buscar pretexto en su inferioridad para acabar con ellas.

La época del individualismo ha pasado. La guerra europea marca el principio del fin para la insularidad de las naciones. La revolución social y su desastre nos dicen que tampoco puede mantenerse mucho tiempo la economía del egoísmo. Las energías morales de los pueblos hispánicos se hallan intactas. ¿Por qué no alumbrarse su manantial secreto, que es su sentido histórico? Reconquistemos el alma nuestra y ya no será posible que se atribuya a un Cánovas del Castillo la definición que decía: "Son españoles... los que no pueden ser otra cosa", ni tampoco que un Castello Branco se suicide, escribiendo: "Sea bueno y virtuoso quien lo pudiere ser", porque con ese fatalismo de los predestinistas habremos acabado para siempre.

Al recobrar su propia esencia, España y Portugal han de volver a la política de colaboración de sus mejores tiempos. Esa fué la política que Camoes preconizaba. Nada de iberismo. Esta palabra no le inspira a Sardinha sino repulsión, porque es caótica y confusa, y Sardinha ha dedicado buena parte de su labor a mostrar los rasgos característicos de su nación portuguesa. En vez de iberismo, "alianza peninsular". Esa era también la idea de Oliveira Martins: "Unión de pensamiento y de acción e independencia de gobierno es, a nuestro modo de ver, la fórmula actual sensata y práctica del iberismo". Sardinha escribe: "La unidad hispánica exige, por el contrario, que los dos pueblos se mantengan libres en su gobierno interno, aunque unidos militar y di-

plomáticamente para la defensa común, porque común, pensándolo bien, es el patrimonio que a ambos pertenece”.

Creo que el pensamiento central de Sardinha puede expresarse en su mito favorito del Rey don Sebastián, que tiene la cara encubierta, pero que un día aparecerá por la boca del Tajo y volverá a Portugal a su grandeza, creando el Quinto Imperio. Es el mito de la esperanza, que ha permitido vivir al pueblo lusitano en estos siglos de tristeza para los dos pueblos hispánicos de Europa. La verdad que encierra es que ha de llegar la hora en que el pueblo portugués se descubra a sí mismo que tiene el alma grande, como don Sebastián, y ese descubrimiento le sacará de su apatía. Si esta interpretación es cierta, el Encubierto ha llegado ya a Lisboa. Pidamos al cielo que no se quede en la boca del Tajo, sino que remonte el río contra la corriente, a trancas y barrancas, agua arriba, hasta subir al Manzanares y plantarse en Madrid por la mismísima Puerta de Toledo. Y cuando se le vea la cara recobrará España su valimiento antiguo, porque huirán espantados los demonios extranjeros que actualmente poseen a sus intelectuales, y se unirán su alma y su cuerpo en su inmortal espíritu.

Puede apostarse a que el ánima del muerto dejará la gloria en ese día por ver tal espectáculo, y que le acompañarán a su júbilo los intelectuales portugueses, en que tanto influyó: Hipólito Raposo, José Pequito Rebelo, Luis de Almeida Braga y el conde de Monsaraz, sus compañeros de Universidad, y otros de más edad, como los poetas Eugenio de Cas-

tro y Alfonso López Vieira, Manuel da Silva Gayo, el secretario de la Universidad de Coimbra; Antero y Fidelino de Figueiredo, Carlos Malheiro Dias, que le dedicó un libro; Rodrigues Cavalheiro, Manuel Murias, que le sustituyó en la dirección de su revista A Nação Portuguesa; y que no faltarán en esa hora de júbilo sus amigos brasileños, como el doctor Manuel Oliveira Lima, Jackson de Figueiredo y el fallecido doctor Eliseo de Carvalho. Y allí estaremos también en alguna forma los españoles que fuimos sus amigos en su destierro y llegamos a simpatizar con sus doctrinas: Vázquez Mella, el conde de la Mortera, el historiador Ballesteros, el marqués de Figueroa, doña Blanca de los Ríos, el marqués de Lozoya, don Angel Herrera y el propio marqués de Quintanar, su gran amigo y traductor, de quien tomo los datos biográficos.

Quisimos a Sardinha, como Sardinha nos quería. Quisimos su éxito, como él quería la prosperidad y la grandeza de España, sin celos, ni recelos, ni reservas. Lejos de adoptar aquella política internacional que no ve otro modo de proveer a la propia seguridad más que debilitando a los vecinos, Sardinha quiso una España vigorosa y unida. De ahí las elocuentes palabras con que en su libro Da Hera nas Colunas sugiere a Galicia su misión hispánica:

”¿Adónde tenderá Galicia con voz escuchada en las direcciones de la España contemporánea? ¿Tenderá a una disociación, en que todos nos consumiríamos gastados en anárquicas discordias intestinas y en las luchas destructoras del porvenir que nos espera? ¿O tenderá a facilitar la realización del hispa-

nismo, como sinónimo de la civilización que, encadenando el Atlántico en su formidable abrazo, lo convierta verdaderamente en un mare nostrum?"

Y es que Sardinha supo que la principal misión de los pueblos hispánicos ha de ser la de velar por su patrimonio común, que es su valor ante la Historia Universal. Fuimos nosotros los que al unir los dispersos Continentes y crear la unidad de la Tierra, dijimos a los hombres de las distintas razas que todos ellos podían salvarse, lo que en lenguaje de tejas abajo significaba que todos ellos pueden progresar, e implicaba el deber de ayudarles para esta elevación. Y, después de todo, cuando se compara este sentido nuestro de la civilización con aquel otro ideal de libertad que abandona a los pueblos inferiores a sus supersticiones y degradación, para mejor explotarlos, o con aquel empeño de conceder la ciudadanía a los que no han sido preparados para ejercerla, o con el que intenta nivelar a los hombres suprimiéndoles el alma y reduciendo su existencia a mera biología, el ideal hispánico del siglo XVI resultará ser el más generoso que jamás concibieron los hombres, y el más hacadero, y el único que lleva, a la hora actual, el poverir en el bolsillo.

RAMIRO DE MAEZTU

DEFINIENDO POSICIONES

(Conversación preliminar)

Cuando Beckford se mostraba en las novenas y los saraos de la Lisboa de doña María I, ya aparecían patriotas declamando ansiosamente que no tardaríamos en ser reducidos a una simple provincia española. Es esa la tara más grave del patriotismo portugués, tara que, disminuyendo y ocultando todo lo que hay de universal en nuestro genio, parece instituir, como condición fundamental de nuestra independencia, un odio profundo, un odio ciego, un odio irracional a España. Porque si, naturalmente, en nuestra crisis de formación y desenvolvimiento, tuvimos que luchar, y luchar bravamente, con la hegemonía absorbente de Castilla, no es menos cierto también que todo cuanto de humano existe en nuestra historia—descubrimientos, colonización del Nuevo Mundo, defensa de la civilización occidental—, no hubiese sido posible, si al lado del brazo lusitano, con la misma idealidad por bandera, no se encontrase el brazo castellano en aquel consorcio admirable de que Camoens, en *Os Lusíadas*, es el eco soberbio e inolvidable.

Es hoy moda de gente oculta citar a Oswaldo

Spengler y sus teorías acerca de la decadencia de Occidente. Pues el mismo nada sospechoso Spengler, a la par de los responsos que fatídicamente entona sobre el destino de los pueblos europeos, no rehuye el afirmar que los «españoles—en el sentido, evidente, de *hispánicos*—fueron de los pocos que supieron imprimir a su civilización propia una directriz mundial». No nos detendremos aquí a analizar las ideas de Spengler, aclarando y fortaleciendo cuanto se descubra en ellas de positiva corroboración para nuestra tesis. Pero sí señalaremos su entera concordancia en el punto concreto del *hispanismo* y de la universal actitud de los hispánicos, con el pensamiento fundamental de las páginas que se van a leer.

No ignoro la insistente improvisación de perñidias que a todas horas se ejercita en torno de mis cada vez más vigorosas y arraigadas campañas hispanistas. Tampoco ignoro que esas perfidias se alimentan, sobre todo, de las desilusiones y rencores de ciertos partidarios del Rey depuesto don Manuel II. Seguro de mi camino, no me preocupan siquiera las pedradas que inútilmente procuran alcanzarme. Si otro objetivo me guiase, bastaría para contestarles el hacer una crónica de tantas maniobras de descrédito patrio llevadas a efecto, como proceso preparatorio del triunfo, por la trágico-cómica política restauradora de nuestros días...

Pero es preciso contar con los espíritus ingenuamente perturbados por un tan sincero como equivocado patriotismo. Chesterton, el chispeante e inesperado Chesterton, afirma en su *Pequeña Historia*

de Inglaterra, que «muchas veces los patriotas resultan patéticamente atrasados con respecto a su tiempo, porque la circunstancia de preocuparse con los enemigos tradicionales no les consiente atender a los nuevos».

Nutrida por la rancia grasa ultrarromántica, la hostilidad corriente en Portugal contra España, cuando se pretende inspirar en razones de patriotismo, justifica plenamente el aserto de Chesterton. Por otra parte, la queja constante que ya lord Beckford, al agonizar el siglo XVIII, recogía por todos los salones y por todas las iglesias de la Lisboa post-pompalina, nos ayuda ahora a acotar y comprender mejor la gran realidad que Chesterton nos pone delante de los ojos. La aversión del enemigo tradicional nos cegaba ya entonces, y tan espesamente, que adivinándose el avanzar de la tormenta, nos engañábamos, a pesar de ello, sobre el rumbo que traía y sobre el punto de donde soplabá... Perdida la noción del antiguo paralelismo del Quinientos, a pesar de que tanto don Juan V como su nieta doña María I la quisiesen restaurar con su sabia y prudente política de los matrimonios españoles, estaba perdida para ambos pueblos de la Península el sentido superior de su unidad. ¿En qué consiste semejante unidad? Abramos la Historia y ella nos contestará. Exactamente, en el dualismo político incontrovertible y concordante de las dos soberanías en que Portugal y España se expresan para mejor garantía de su *interés común*, del *interés peninsular*, superior a portugueses y españoles y propiedad suya indivisible.

Hallazgo feliz de nuestra segunda dinastía, después de Toro, la inteligencia del *interés peninsular* evita que los Reyes Católicos, de un lado, y don Juan II, del otro, se gasten, esterilicen y disminuyan en mezquinas contiendas de límites cuando el sueño ecuménico de los descubrimientos abría sus amplias alas y la responsabilidad europea, llevada por Aragón a la Corona de San Fernando, se palpaba, se descubría con precisión delante de la atenta pupila del esposo de la gran Isabel. Ciertamente la célebre Bula *Inter cætera*, promulgada por un Papa valenciano, no obedeció a espíritu distinto. Y al mismo espíritu se amoldó nuestro don Juan, al rechazar noblemente la Corona de Castilla, que los Comeneros le ofrecieron.

No porque los Monarcas lusitanos no se consumiesen también en la fiebre crepitante de la unificación. Porque es imperioso decirlo, y decirlo con abierta verdad: si hubo un *peligro castellano* para Portugal, también hubo igualmente para Castilla un *peligro portugués*. No es preciso remontarse al período alfonsino, período turbulento de formación, en que la muerte de doña Inés de Castro, poetizada excesivamente por el fondo romántico de nuestra raza, no es más que un episodio de la apretada maraña de intrigas en que Portugal figuró en una persistente amenaza para el Estado vecino y hermano. La llamada «inconstancia» de don Fernando denuncia más bien la obsesión unitaria de nuestros Reyes, aguijoneados por el oculto designio, si no de incorporación, por lo menos de ensanche territorial a costa de Castilla. Y ganada Aljubarrota, en el desvío

que don Alfonso V intenta hacia el corazón de la Península, desvió que significaba el regreso a un espejismo tan querido como persistente, se denotaba ya con éxito nuestra expansión ultramarina.

Tal es el reverso de la medalla, reverso que presentamos a los que, mecidos por los lirismos almibarados de Tomás Ribeiro, a todas horas cantan el aria cansadísima del «peligro español», la vieja increpación retórica de la codicia de Castilla. Con una comprensión diferente de las circunstancias, entendieron nuestros Reyes, sin embargo, que la fusión, de realizarse, se haría por medios pacíficos, por lentos y persuasivos procesos. Es la experiencia, que Castilla y Portugal emprenden, después de Toro, tomando por base la boda del Príncipe don Alfonso, hijo de don Joao II, con la heredera de Fernando e Isabel, casamiento bien de prisa deshecho por la muerte del primero. De modo que al terminar el siglo xv, si Felipe II sube al Trono de Alfonso Enríquez, sube como sucesor del Maestre de Avis, invocando títulos jurídicos en que la fuerza de las armas no interviene sino como un argumento que, aunque decisivo, sólo se deberá emplear en último recurso.

Si, pues, la experiencia de fusión pacífica se inaugura en día inmediato al de Toro, conviene no olvidar que, aunque despierta en el subconsciente político de ambos Estados, no es en todo caso su dominante la mira que les absorbe y entusiasma. Si el instinto de la *unidad peninsular*—unidad cultural, moral y sentimental, y jamás unidad realizada geométricamente en los moldes de un exclusivo centralismo dinástico—es en la Edad Media y durante la

áurea gesta de la Reconquista el lazo que nos une a portugueses, castellanos y aragoneses, haciéndonos formar un solo cuerpo con una sola alma ante las arremetidas del Islamismo, se convierte en visión clarísima y perfilada de las cosas, al asomar más allá de la línea misteriosa de las aguas, el perfil mozo de América y el vencido prestigio del Mar Tenebroso. Portugueses y castellanos, al extenderse los brazos, sienten, por la concesión paternal de un Pontífice, que el mundo es suyo, porque siendo de Cristo es de quienes llevan a través de las olas y de los continentes inhospitalarios la bandera de la Cruz y la semilla de la Fe. Oliveira Martins, en una de sus más bellas intuiciones, aún subordinado a los procesos pesimistas de un Buckle, habría de señalar certeramente la identificación del genio de la Península con la esencia pura del Cristianismo. Por su parte, Monís Barreto le iba a definir como una «sed insensata de Absoluto». Pues «esta sed insensata de Absoluto», encontrando en la unidad de creencia la unidad de civilización, convierte la historia de los dos Patrias, la historia de Portugal y de Castilla, en el prefacio de la historia de la Edad Moderna. El sentimiento del mismo destino histórico se aferra con firmeza en las verdades superiores, que señalan el rumbo de los dos pueblos peninsulares. Paralelismo tan hondo y sinceramente vivido no debilita el patriotismo más profundo ni más intransigente. Camoens ofrece una completa demostración de que su lusitanismo acendrado no excluye el alto resplandor hispanista en que vibran, encendidos, *Os Lusíadas*.

Por la espontánea y natural alianza del genio his-

pánico con el Cristianismo, portugueses y castellanos hicieron siempre enemigos suyos a los tradicionales enemigos de la fe cristiana. Por eso su labor, ya en el campo de batalla, ya en la cubierta de las naos de los descubrimientos, fué inalterablemente un labor de puro «europeísmo». Mientras que su vocación nacional, cauterizada por la tendencia de universalidad, se dirige a lo «humano» a lo «estable» a lo que *adiciona* y no a lo que *sustrae*, las otras naciones continentales, quebrada la regla moral y política de la cristiandad medioeval, sólo realizan obra de particularismo, de descomposición, de disidencia, en una palabra. Oswald Spengler, al afirmar que los hispánicos supieron, primero que nadie, imprimir una directriz mundial a su concepción de la vida, adjetiva esa concepción de ultramontana. Si la palabra *ultramontano* es para el natismo germanismo de Spengler un epíteto vergonzoso, para nosotros es el reconocimiento de la estrecha afinidad del genio hispánico con la noción de «hombre», tal como el Occidente lo concibió y divulgó.

Sobre semejante noción se hizo posible Europa, y sobre ella se crió y desenvolvió gran parte de América. La admirable distinción que el Tomismo establece entre *persona e individuo* hace más comprensiva la que separa la civilización ultramontana de los hispanos, de la civilización utilitaria—apenas encaminada a la conquista de lo «relativo»—, patrimonio de aquellas razas que los sustituyeron en el dominio y reparto del orbe. No vamos a alargarnos en la exposición de una teoría, que para ser clara y firme exigiría algunas decenas de páginas. Pero,

partiendo del «individuo» como fin de sí propio, la civilización llamada contemporánea es una civilización de *consumidores* y no de *creadores*. Recurriendo ahora a los conceptos de Spengler, al presentárnosla como dividida entre el concepto inglés de *riqueza* y el prusiano de *deber*, haremos notar que ambos presuponen siempre al «individuo», valor centrífugo y errático, que se sobrepone a la colectividad, procurando subordinarla a su imperio transitorio. Por el contrario, no teniendo los hispanos del *hombre* una idea de *individuo* y sí de *persona*, su expansión se determina por un irreprimible instinto universalizador, porque la *persona* se le manifiesta en entera coincidencia con la humanidad. La «sed insensata de Absoluto», de que nos habla Monís Barreto, nos impelía a incorporar a nuestro propio ideal de civilización aquellas razas inferiores con que nos poníamos en contacto, al paso que el exterminio del indígena constituía el único método empleado por los pueblos que enfáticamente se adornan con el excelso título de *colonizadores*. Desterrados quedamos en Europa al derrumbarse en el siglo xvii lo poco que orgánicamente restaba de la cristiandad. A los morbosos signos externos que Francia ayudaría a triunfar en Westfalia, se juntó la disociación del paralelismo peninsular, como consecuencia de los desastrosos hechos de la Monarquía filipina.

Ya subrayamos con la insistencia necesaria que si existió un *peligro español* para Portugal, existió igualmente para Castilla un *peligro portugués*. Si el fantasma enervante de esas dos amenazas sensible-

mente se disolvió, después de la concordancia fecunda iniciada a raíz de Toro, como antes hemos hecho notar, en el subconsciente político de los dos Estados vecinos y hermanos no se desvaneció del todo el antiguo sueño de la unificación. Se estabiliza a favor de Felipe, como podría haber sucedido a favor de un Soberano portugués. Quiero decir con esto que si Felipe II asciende al Trono del Maestre de Avis, lo hace en virtud de alianzas matrimoniales, cruzadas y repetidas a lo largo del magnífico período del Quinientos. ¿Complicidad de nuestros Monarcas? No. Deseos honrados de engrandecer la Patria y proyectarla, a través de la Fe y del Imperio, como en la estrofa imperecedera de Camoens, al otro lado, mucho más allá de los límites históricos ya conseguidos. Con la rara agudeza de su percepción de historiador, nos hace observar el autor de *Carlos II y su Corte* que Felipe II, abandonando a su tío el Imperio austriaco, el anacrónico y embalsamado Santo Imperio, se encaró con el porvenir entregándose con firme ánimo a la seducción, ya bosquejada, de un gran Imperio de Occidente. No era el delirio de un cerebro poblado de falsos y megalománicos espectáculos. Sin salir del huerto familiar, ésta es la aspiración vehemente que se agita en el poema de Camoens, personalizada en don Sebastián, «maravilla fatal de nuestra Edad». El Galaaz lusitano se perdió en los arenales de Alcácer. Pero la sonoridad de los decasílabos del Epico daba un eco más fuerte que el huracán de la desgracia. Por cierto que Camoens ni suscitó ni amparó el advenimiento de Felipe. Pero alimentó sin duda la quime-

ra imperialista que abrasa a los portugueses y que, no floreciendo en Africa a la sombra de las Cinco Quinas, floreció en el Quinto Imperio del mito sebastianista...

Nadie hasta ahora pensó en ligar al imperialismo que rebosan, una a una, las octavas de bronce de *Os Lusíadas*, la creencia mística en la venida del Encubierto, que nos proporcionaría la diadema imperial del Universo. Cupo a *Felipe II el intentar, por los directos procesos de la política*, lo que para la mayoría de los portugueses, a la inopinada hora de la catástrofe, se refugió en el manso desvarío de una íntima conabustión lírica. Y por esto es por lo que figuras del relieve de un don Jerónimo Osorio, de un don Antonio Pinheiro y un don Antonio Méndez de Carvalho, tres prelados de insigne y austera virtud, se colocan al lado de Felipe con decisión. Felipe no se mostraba como un opresor. Comparados con él, los candidatos nacionales no pasaban de ser frágiles posibilidades y anuncios de un diluvio de azotes sobre el país, reducido a extrema debilidad. De hecho, don Antonio, un aventurero seguido de una plebe revuelta y de media docena de adictos, dignos en verdad de respeto, no se vendió, porque a cada trato con los representantes de Felipe subía siempre y desmesuradamente, de precio. Los duques de Braganza aceptaron las circunstancias, aprovechándolas para un mayor engrandecimiento de su casa, ya opulentísima. ¡No los censuremos por eso! En su sujeción superficial a Felipe, salvaron sabiamente las prendas del rescate, no salvándose menos la integridad del patrimonio nacional, que hubiese

peligrado en caso de guerra, ya que nos hubiera sido difícil resistir a las tropas de Castilla, preparadas para la conquista. Sucedió, además, que Felipe, aclamado y jurado en Cortes como una *solución constitucional*, según la fraseología de hoy, no presentó solución de continuidad gubernativa. Que hubiese estallado y tardado en ser dominada cualquier insurrección, y hubiésemos visto a Francia e Inglaterra repartiéndose con avidez nuestro codiciado Ultramar, sin que Castilla lo hubiese podido evitar, sobrecargada con empresas superiores a sus fuerzas. Y en estos términos es en los que el problema de la Monarquía dualista de Felipe II necesita examinarse. Todo lo demás son residuos retóricos de aquella patriotería estridente y ridícula que nos ha descrito Eça de Queiroz.

En su *Historia de Portugal* nos dice insospechosamente Rebelo da Silva: «Las relaciones de buena vecindad y la comunión de principios habían suavizado desde don Manuel hasta don Sebastián las repugnancias y las antipatías.» E inmediatamente afirma: «Las alianzas de los Reyes y de las familias ilustres habían mezclado la sangre de las dos naciones.» En semejante medio la cuestión del advenimiento de Felipe al Trono portugués se impuso a la ponderación de la gente culta y reflexiva. Nadie nos libraba de Castilla, o como aliada o como dominadora. Enunciado el dilema, bien se ve que las dudas no se producirían sino en cabezas inseguras, invadidas por mezquinos intereses de bando. Sólo con recordar que de un momento a otro Felipe nos hubiera podido amarrar de pies y manos a su carro de vencedor,

sin dificultad nos imaginamos cómo Portugal, en su mayoría, acogió una situación que de vencido por el moro en Alcácer, lo transformaba en colaborador del esbozado Imperio filipino, del Imperio de Occidente, tan lleno de avasalladoras sugerencias.

A distancia, con las tintas melodramáticas de nuestro ultrarromantismo es como se forjó una *leyenda negra* de cautiverio y ópresión, que una prueba documental pulveriza rápidamente. Una de sus invenciones fué, sin duda, la de la complicidad indirecta de Felipe en el desastre de Africa. Basta, sin embargo, recordar la terrible elegía de Fernando de Herrera a la pérdida de don Sebastián: «voz de dolor y canto gemido», para certificarnos de que por toda la Península la derrota lusitana tuvo un eco de sentido dolor. Hay también un soneto de Herrera, en que el poeta incita a Felipe a vengar la derrota de Alcazarquivir. Por singular coincidencia, Herrera, en el aludido soneto, parece trazar la teoría del Imperio de Occidente. Consideramos importante transcribirlo:

Ya que el sujeto reino Lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente,
y todo el grande esfuerzo de Occidente
tenéis, sacro Señor, en vuestra mano,

volved contra el suelo hórrido africano,
el firme pecho y vuestra czada gente;
que su poder, su corazón valiente,
que tanto fué, será ante el vuestro en vano.

Cristo os da la pujanza de este imperio
para que la fe nuestra se adelante,
por do su santo nombre es ofendido.

¿Quién contra vos, quién contra el reino Esperio
bastará alzar la frente, que al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

Creo que no se molestarán con los dos primeros versos los patriotas más susceptibles. Es humano conceder al fervor lírico de un poeta una cierta vanagloria como súbdito de Felipe II, al encarar el aumento de los dominios de sus Monarcas. Y dejando al lado este detalle, de escasa importancia, debemos detener nuestra atención en el claro enunciado del imperialismo hispánico que el soneto contiene y que ardía tanto en el alma comprimida de Felipe II como en la de sus vasallos, e igualmente subordinados al ansia vehemente de una España mayor, en que el sol no se pusiese nunca.

En la gestación de tan descomunal política, ya sabemos la parte que cupo a los portugueses. Sabemos ahora, cómo destruída nuestra mejor esperanza en Alcácer, Felipe II personificaba su lógico apelativo, reuniendo bajo su cetro las libres mitades del mismo imperio. ¿De qué acusarlo, por tanto? El cariño con que nos trató, el escrúpulo que puso en acomodarse a cuanto le exigimos, nos muestra que en el hijo de Isabel de Portugal, la herencia transmitida por la sangre se acrecentara con la educación recibida de la ponderada y cultísima doña Isabel de Mascarenhas, nuestra Vitoria Colonna. Al separarnos, en 1640, del resto de la España, el Conde-Duque imputaría a la conducta de Felipe II para con nosotros la pérdida de Portugal. Lo confirma plenamente Cánovas del Castillo cuando afirma «que para decir la verdad, no solamente es falso que fuese en Portugal

tirano Felipe II, sino que ni siquiera mereció allí el título que en general merece de Prudente». Si el testimonio de un español no nos sirviese, podríamos recurrir al de un portugués, por completo desapasionado del asunto, al célebre don Luis da Cunha, en su «Carta de guía do estadista português», dirigida a Marco Antonio de Azevedo Coutinho, en la que dice: «Don Rodrigo da Cunha, arzobispo de Lisboa, hijo del dicho don Pedro da Cunha, heredó de su padre los mismos principios, resistiendo en la corte de Madrid, adonde fué llamado, al proyecto del Conde-Duque de Olivares, que en el reinado de Felipe IV gobernaba a España, de reducir a provincia el Reino de Portugal, a pesar de las condiciones con que se le entregó a Felipe II...»

Juzgo que no es necesario comentar el expresivo pasaje que acentúa bien el que sólo sesenta años después de tramado el dualismo hispanolusitano, alguien en Madrid, el Conde-Duque, se atrevería a querer «reducir a provincia el Reino de Portugal, a pesar de las condiciones con que se le entregó a Felipe II». La respuesta se la dimos a Olivares colocando en el Trono al Rey natural. Y la razón fundamental nos la da el señor conde de la Mortera en un rápido y envolvente golpe de vista: «Frustrada la realización de aquel ideal que había hecho grata la convivencia fraternal de portugueses y castellanos, no podía ella subsistir mucho tiempo, y lo que aconteció en 1640 hubiese sobrevenido indefectiblemente poco más tarde, aun cuando se trocaran los papeles históricos de Richelieu y Olivares, aun cuando se hubiese decidido a favor de los Austrias su duelo secular con los Borbones».

Suponga esclarecido en su trama esencial el problema de nuestra adhesión a Felipe, y al mismo tiempo el de su proceder para con nosotros. Felipe no se ceñía únicamente la corona de los Avís. Les heredaba y ejecutaba su ambición imperialista, que tan seductoramente simboliza la esfera armilar de don Manuel. Imperio de Cristo, Imperio de Occidente o «Quinto-Imperio» de la religión sebastiánica, es el tema permanente, el *leit-motiv* eterno de la epopeya de Camoens. Por esto, en un rasgo de penetración admirable, Oliveira Martins llamó a *Os Lusíadas* el «testamento de España». De «España», como sinónimo de la Península.

Condicionado por el sabio paralelismo del Quinientos, paralelismo que se inutilizó con las consecuencias inevitables de la política de alianzas matrimoniales, que lo promovieron y facilitaron, el gran sueño del Imperio de Occidente, sin remedio, abortó en un derrumbamiento de tragedia. Primero, en Alcácer, en el derrumbamiento de la lusitanidad, ya combatida por un esfuerzo desmedido y alucinado. En seguida, en los destrozos de la Monarquía de Felipe, abriendo brecha en todos los contrafuertes de su aparato cesáreo.

Pero si Felipe fracasó en su gigantesco plan, «el pensamiento político del gran Monarca no yace con él en las lobregueces de El Escorial», como justamente escribe don Gabriel Maura Gamazo; «fué semilla que germinó sepulta...» Tampoco por lo que respecta a Portugal, se embalsamó para siempre en el tibio sonambulismo del culto del Encubierto. Completando en el sentimiento general del Peninsularismo

su segura conciencia patriótica, Camoens lo guardó para siempre en sus imperecederas estrofas, a punto de tenerse *Os Lusíadas* por el «testamento de España», por el simbolismo profético de lo que sería el Imperio de Occidente con el Atlántico por lago familiar. Hoy, que se deshacen en su incapacidad evidente las artificiosas combinaciones diplomáticas, nacidas en Westfalia bajo la ilusión nefasta del equilibrio europeo, regresamos al espíritu inspirador de *Os Lusíadas*.

La sociedad internacional, pulverizada desde entonces, reacciona, en nombre de la propia vitalidad histórica, contra las normas que tres siglos de puro individualismo, tanto en las costumbres como en las instituciones, le habían impuesto destructivamente. Maquiavelo no triunfa ya, como no triunfará en lo futuro la hipocresía ya desacreditada de los *Tratados* y de las *Convenciones*, si algo más profundo y más duradero que un simple y hábil arreglo del momento no constituye su contenido. Se camina, pues, hacia la natural agrupación de pueblos o de razas de igual formación y directriz; hacia la constitución de bloques determinados por afinidades de civilización, en que el elemento moral anteceda al elemento político, originando la aproximación y el vínculo que lo consolide. Tal es el inmenso valor del *Hispanismo*, que alcanza a las nacionalidades que son nuestras continuadoras gloriosas al otro lado del Océano. El pensamiento político de Felipe renace, despierta, en la tumba en que parecía muerto con él, y, también, las vesanias iluminadas del Sebastianismo o Quinto-Imperio del mito nacional, que se condensa en ver-

dad tangible para un mañana próximo. Desciende de las páginas de *Os Lusíadas*, del «testamento de España», para el contacto directo de las discusiones cotidianas. Y restaurado el viejo paralelismo del Quiñientos, lo enriquece ahora la opulenta y decisiva colaboración de la América hispánica, encarnación sonriente de una nueva edad del mundo.

Conducida por las múltiples consideraciones que en nuestra inteligencia despierta un tema tan apasionante como este de la política de Felipe, examinada a la luz de *Os Lusíadas* y del sentir unánime de Portugal inmediatamente después del desastre de Africa, mi pluma se lanzó a una vasta galopada, tal vez desarmonizando el asunto. Pero siendo mi propósito pulverizar las constantes prevenciones y alarmas de algunos portugueses bienintencionados, espero se me perdone el abuso de mi insistencia. Me parece ya suficientemente probado que, en el dualismo que entrelazó a Portugal y Castilla, las responsabilidades pertenecieron a ambas partes contratantes, porque a ambas las arrastraba el mismo sueño de grandeza imperialista. El concepto de «España», derivado de «Hispania», que traducía una significación geográfica, traducía igualmente un estado de conciencia colectiva. No es indiferente el que para confirmarlo se abra por la palabra «Hispania» el reciente *Lexique de géographie ancienne*, del profesor de la Université de Caen, Mauricio Besnier (París 1914). Dice así: «Hispania», Peninsule ibérique (Espagne et Portugal). Extendido a toda la Península el apelativo «His-

pania», necesariamente tenía que incluir a los portugueses. No lo entendieron de otro modo nuestros escritores del Quinientos. Camoens, por su parte, nos presenta terminantemente a los portugueses como «huma gente fortísima de Hespanha, y al describir a la «noble España» claramente asevera que «com naçoens diferentes se engrandece». Y lo que disipa todas nuestras dudas es la circunstancia de que en el siglo XVII, y en el Portugal-Restaurado, fray Francisco Brandao rogaba a don Juan IV que recusase a Felipe IV el título de «rei de Espanha», por no serlo de Portugal, «que he... huma parte tam principal de Hespanha».

¿Por qué nos rebelamos ahora, cuando la evidencia de una íntima colaboración de Portugal se impone, contra la palabra «Hispanismo», la única que expresa y coordina todas las aspiraciones creadoras no sólo de las dos patrias peninsulares, sino también de las naciones hispanoamericanas, incluido el Brasil, que un «latinismo» hipócrita nos intentó robar y asimilar?

No ignoro que una de las dificultades puestas a la eficacia, ya palpable, de mis campañas en pro de la alianza hispano-portuguesa gira en torno de la designación «Hispanismo», necesaria para que la idea se concrete, tome tierra y rompa la marcha. Sólo el desconocimiento del pasado y de las legítimas raíces de semejante vocablo despierta no sé qué románticos celos, que nada, ni hoy ni ayer, justifica, porque como en su bella *Exortação a Mocidade* exclama Carlos Malheiro Dias, «nuestra familiar convivencia con España sólo puede parecer peligrosa a aquellos en

cuya alma tibia se debilitó el altivo e intransigente sentimiento de la Patria». Si, en conciencia, miramos atrás, ¿hay alguien que refute seriamente la observación de Monís Barreto, quien aludiendo al paralelismo del Quinientos, afirma en términos inolvidables que «es un hecho que se presta a reflexiones que el período de la alianza española coincida con la época de mayor prosperidad y de plena expansión del genio portugués?» Si miramos después al porvenir, tan ensombrecido para las almas de poca fe, ¿quién seguro de los derroteros que el destino está trazando a la vencedora resurrección de Portugal, quién embebido en otras visiones que no sean las que momentáneamente se recogen de una Patria

... que está metida
no gosto da cubiça, e na rudeza
de una austera, apagada, e vil tristeza;

quién alzando la vista por encima del charco de la actual vida social y política, no se sentirá alabado y reconfortado con las honradas protestas del general Gomes da Costa ante el Presidente de nuestra República de mulatos, judíos y mestizos?

«Portugueses y castellanos dominamos una vez el mundo, y nos lo dividimos soberbiamente en dos mitades, para reconocerle y explorarle—dijo el general con un inesperado acento de juventud y de patriótico fuego—. No hace falta recordar con detalles lo que fué esa epopeya, que todavía hoy nos envidian las demás naciones. Esto es lo que tendremos que hacer mañana los dos pueblos peninsulares, dándonos las manos como hermanos que somos, aunque de indi-

vidualidades bien distintas, para juntos recomenzar una nueva epopeya, aunque en moldes más modernos, menos grandiosos, pero más humanos». ¡Así ha de ser, en efecto! Trátase de un simple «programa de conservação», como sintéticamente lo definía Monís Barreto; trátase de mantener y desenvolver aquel tipo superior de civilización que nosotros, los hispanos, procreamos y difundimos con ardor. En un rasgo de iluminado, exclama ahora Carlos Malheiro Días, dirigiéndose siempre a la juventud: «Somos la decana de todas las naciones de Europa, y sólo nos falta que la conciencia de nuestra soberanía unitaria se prolongue a las dispersas provincias ultramarinas para que Lisboa vuelva a ser cabeza de un gran Imperio, la metrópoli de los Estados Unidos de Portugal». Que a ese gran Imperio, anunciado por Malheiro Días, se sume el otro Imperio que nuestra hermana España edificó por tierras bravas, bajo cielos inhóspitos, y tendremos el contenido del increpado y debatido vocablo: ¡Hispanismo!

A toda hora se habla en la Prensa y en los gárrulos discursos conmemorativos de aproximaciones, alianzas y hasta de confederación con el Brasil. No esbozaré siquiera aquí el inventario de las antipatías, de las hostilidades y de las animadversiones prontas a explotar, como tan insensata verborrea está haciendo germinar al otro lado del mar. ¡Desengañémonos! Si realmente Portugal desea salir del pantano en que se ahoga, si le anima el aliento viril de libertarse de la servidumbre del ya hipotético coloso británico—servidumbre de que son símbolos perfectos el señor don Manuel de Braganza y su lugarteniente

el consejero Aires de Ornelas—, el rumbo del Brasil es el rumbo cierto e inevitable. ¿Pero qué representamos en Europa para que el Brasil una su suerte a la nuestra y tome sobre sí el peso de una alianza, que nada le va a beneficiar, pobres y desgobernados como nos encontramos?

Y no se nos ataje diciendo que si no representamos en Europa peso apreciable, por qué ha de pretender España una alianza que el Brasil repele, porque la respuesta es fácil y destruye sin apelación el sobresentido que abriga. España quiere nuestra alianza porque necesita de ella para vivir libre internacionalmente. El Brasil se aliará con Portugal el día en que Portugal le ofrezca ventajas que sólo de nuestra alianza con España derivarán, porque sólo así nos valorizaremos externamente y podremos facilitar esa política del Atlántico tan bellamente entrevista por don Juan IV. Ahora bien; nuestra posición geográfica, si no afecta sensiblemente al poderío y a la expansión del Brasil, interesa, y de manera decisiva, a la expansión y a la hegemonía de España; sin nuestra amistad, España está continuamente sujeta a una agresión por la costa, y difícilmente podrá comunicar las dos fracciones de su escuadra. Nuestra posición geográfica, que no nos valoriza con respecto al Brasil, nos valoriza con relación a España. Y la alianza con España es un brazo extendido al encuentro de América, y por consecuencia al del Brasil. De donde concluiremos, con el más elemental de los raciocinios, que nuestra tendencia natural hacia el Brasil nos obliga primordialmente a la concordia y a la fraternidad con España.

Estimo deshonroso para nosotros el presumir en España violentos proyectos de conquista, y hago esta afirmación porque concebirlos tan sólo, significa absoluta falta de confianza en la vitalidad y en el genio propios de Portugal. Si ese patriotismo tumultuario, y tantas veces retórico, que cifra la prenda de nuestra independencia en la irreductibilidad y en nuestro antagonismo con España, quisiera reflexionar un poco, convendrá sin trabajo en que a la España actual, aunque se le hiciese posible la conquista o la incorporación de Portugal, no le convendría de manera alguna. No se anula por la fuerza de las armas la herencia solidísima de ocho siglos de existencia autónoma con una historia, una literatura y una capacidad de resistencia como las de Portugal. Son ya varias las tendencias centrífugas que amenazan la unidad de la España moderna; posee ya bastantes agentes disociativos para que los haya de multiplicar a la fuerza, metiéndose en una aventura que la había de ser fatal. ¡No! Lo que a España conviene, lo que España se impone como exigencia imprescindible para recuperar su perdida supremacía, es la aproximación, el abrazo fraternal con nosotros. Quien lo entienda de forma diferente se cierra a los consejos de la inteligencia y a las indicaciones del patriotismo sensato.

Como argumento decisivo sobre las intenciones de España a nuestro propósito, basta poner de relieve los términos en que el Estado vecino prepara a sus oficiales en relación con Portugal. Trátase de un hecho bien significativo, en el que insisto frecuentemente, y que no es ocioso subrayar aquí. El *Compen-*

dio de Geografía, adoptado como texto en las Academias Militares de España por Real orden de 30 de Junio de 1916, al ocuparse de Portugal bosqueja una teoría física de nuestra nacionalidad que, francamente, no descubrí aún en ninguno de nuestros libros equivalentes. Aunque en el curso de este volumen nos abandonemos bastante al prejuicio de las «fronteras naturales», hoy reconocemos con Lucien Febvre en su volumen *La Terre et l'évolution humaine* (La Renaissance du Livre, París, 1922), que el problema de los límites, tan obsesionante durante el siglo pasado y aun tan excesivo durante la última guerra, ha mudado singularmente de aspecto y alcance. "*Il ne s'agit plus de trouver à tout prix un réseau de lignes, un cadre qui enferme tant bien que mal un morceau de territoire: ce n'est pas le cadre qui est primordial, c'est ce qui est encadré si l'on peut dire, le centre expressif et vivant du tableau. Quant au reste, une marge*". Claro que hacer dependiente de un accidente orográfico o fluvial la génesis y la personalidad de una nación, es dar demasiada importancia a una especie de materialismo geográfico, cosa de la que nos debemos defender. Una patria, una nacionalidad es, sobre todo, una masa humana dotada de continuidad y permanencia; predicados éstos que sólo le pueden venir de un alma común, distinguida e inasimilable. Porque existe un cuadro en que la nación se incrusta y acciona, y de ahí según palabras de Lucien Febvre, "*une certaine conception du "cadre naturel" des grands États qui nous fait considerer les limites comme closes en soi, possédant une valeur propre, une sorte de vertu méca-*

nique et de puissance coercitive à la fois et créatrice'. Pero es innegable también que la teoría de las «fronteras naturales» encubre, principalmente falseados, designios de anexión y expoliación. En boca de ciertos pregoneros iberistas fomentó mucha locura en contra de Portugal. Y ahora es el Estado español quien se encarga de esgrimir esa teoría, pero en defensa de Portugal. Aunque Portugal no poseyese «fronteras naturales» trazadas geográficamente, no por eso dejaba de ser Portugal, siempre que no le faltase el *factor humano*, y con él la imprescindible característica psicológica (1). Es muy significativo

(1) ¡Entendámonos! Nadie niega a Portugal fronteras naturales. El conocidísimo geógrafo Th. Fischer, en su «Die Iberische Halbinseln» (La Península Ibérica), es definitivo a este propósito. Su lección sirvió a geógrafos españoles como don Ramón Ballester, en su «Geografía de España» (Gerona, segunda edición, 1918). Con nuestra afirmación sólo queríamos decir que no prevalece en nosotros, exclusivamente, la idea o concepto territorial de la Patria. Aunque no tuviese «fronteras naturales», Portugal no dejaría de ser lo que es, desde el momento en que no le falta un «genio», un «alma». Nos inclinamos hacia la opinión de Camille Vallaux en su «Geographie Sociale, le Sol et l'Etat» (París, Octave Doin, 1911), de que las «fronteras naturales» son extremadamente raras, aceptando como justa su definición de «frontera»: «Toute la question des frontières change d'aspect—escribe—lorsqu'on les considère non comme ces lignes que les cartes nous montrent seules, mais comme ces zones que les limites politiques sont en fait». Y añade: «Alors l'idée meme de la frontière se depouille de la sécheresse du formalisme d'Etat pour devenir une réalité vivante et colorée. La zone-frontière est à la fois un terrain d'interpénétration et de séparation; c'est la lutte continuelle entre les éléments de fusión et les éléments de disjonction que la rend intéressante». Los ríos y las montañas

que la preparación geográfica de los oficiales españoles, de aquellos que, según los recelos en boga en determinado sector de la opinión portuguesa, serían los ejecutores de los planes absorcionistas del Estado vecino, parta del principio científicamente afirmado de que hechos como la separación política de Portu-

dan lugar muchas veces a lo que Camille Vallaux llama la «ilusión lineal». ¿Qué es entonces una frontera? Oigamos aún al autor citado: «Dans les pays de vieille civilisation comme l'Europe, où les frontières ne s'ébouchèrent jamais dans le passé sous la forme des lignes, puisque la conception de la frontière ligne est relativement récente, les limites entre les Etats se sont peu à peu dégagées et précisées, au milieu des zones où eiles oscillaient autrefois d'une manière incertaine, à l'aide d'une totalisation, lentement acquise d'efforts intérieurs et d'interpénétrations, où les rapports géographiques n'ont cessé d'encadrer et de diriger les contingences historiques». Estas son las fronteras que Vallaux designa con el nombre de «fronteras de acumulación» o con el de «fronteras vivas», en las que el «factor humano», lejos de sujetarse al geográfico, lo modela y retoca permanentemente. A este propósito, escribe el mismo autor: «Une étude superficielle ferait croire qu'une frontière tracée à travers des populations nombreuses, unies par une quantité de liens intellectuels, économiques et sociaux, n'est pas une autre chose qu'une ligne arbitraire appelée à disparaître sous peu: les philosophes moralistes de la paix universelle n'ont pas manqué de le dire. C'est une erreur profonde. Plus les hommes sont nombreux de chaque côté de la frontière, plus leur circulation est active, et plus il se forme, d'un côté et de l'autre des groupes particuliers d'intérêts matériels, intellectuels et moraux, dont l'énergie se rattache d'une manière plus ou moins étroite à l'activité politique générale du pays dont ils font partie. L'exemple de la frontière franco-belge en Flandre... le montre d'une manière saisissante». Otro tanto sucede con Portugal, sin que precisemos forzar la geografía a explicar nuestra independencia, aunque apreciablemente haya contribuido a ello.

gal y España «no se producen al azar, ni son dependientes de la voluntad o capricho de un Rey ni de un pueblo» (1).

Muy lamentable es, en verdad, el que el miedo de un fantasma sin consistencia cohiba a Portugal para reanudar en el mundo su vieja función directora. Aventura Maurice Legendre, en su curiosísimo libro «Portrait de l'Espagne» (París, «Editions de la Revue des Jeunes», 1923), la hipótesis del rumbo que llevaría la civilización moderna si España—entendamos por España la *Península*—hubiese podido mantener sobre la marcha de los acontecimientos la fuerte influencia de su espíritu, tan individualizado como inextinguible. Ciertamente que no prosperamos mucho los «hispanos» durante la época en que los dogmas de la economía liberal arbolaban como regla de bondad y de ventura para los pueblos la conquista desenfrenada del oro, la explotación del hombre por el hombre y la sed exclusiva y alucinante de someter lo «relativo», de subyugar lo «material». Dice Maurice Legendre: «En somme, dans la division du travail intellectuel et spirituel entre les peuples, l'Espagne (leamos «*Península*») est restée plus spécialisée que la plupart des autres grands peuples; mais par bonheur pour elle, elle s'est spécialisée dans ce qui est l'essentiel, dans ce qui a le plus d'universalité. Sans doute elle n'a pas assez profité des decouvertes d'ordre secondaire, mais cependant utiles, que d'au-

(1) «Compendio de Geografía Universal», por don Joaquín Izquierdo y Croselles, comandante de Artillería, y don Juan Izquierdo y Croselles, capitán de Artillería. Obra de texto para el examen de ingreso en las Academias Militares. Pág. 273.

tres ont faites dans le domaine scientifique: c'est que l'époque du développement des sciences, dans les temps modernes, a malheureusement coïncidé avec l'époque de la decadence politique de l'Espagne et de son isolement. Malheureusement aussi l'isolement n'a pas seulement privé l'Espagne de ce que les autres nations avaient à leur donner; il a privé les autres nations de ce que l'Espagne avait à leur donner mais il est évident que l'inconvénient était grand surtout pour la nation qui était seule de son côté; elle a eu les inconvénients de l'isolement sans en avoir les avantages. Une nation moins forte, moins noble, moins riche de capital spirituel n'aurait pas résisté à ce régime, l'Espagne a superbement résisté. Elle avait «choisi la meilleure part», elle avait, peut-être, trop négligé le rôle de Marthe qui est très beau aussi et qui s'impose en dehors des occasions où l'on reçoit le Seigneur; mais du moins elle a si bien aimée sa part, qu'elle tient en réserve pour les nations soeurs, plus affairés, de merveilleux trésors reçus du Sauveur. Quelle étrange destinée que la sienne!»

¡Cuán extraño e incomensurable destino, en efecto! La hipótesis enunciada por Maurice Legendre, si no nos consiente rehacer la historia, nos tolera al menos aventurar lo que ella hubiera sido, si en los últimos doscientos años la hubiera guiado la fiebre ardiente de lo Absoluto, que tanto crepitó en el alma hispánica, en lugar de la mísera y esclavizante presión de lo «relativo», tomado por «progreso material». Felizmente aplica Maurice Legendre al caso de España la interrogación suscitada por Bergson en

alguna parte: «Je me suis demandé quelquefois—se pregunta Bergson—ce qui se serait passé si la science moderne, au lieu de partir des mathématiques pour s'orienter dans la direction de la mécanique, de l'astronomie, de la physique et de la chimie, au lieu de faire converger tous ces efforts sur l'étude de la matière, avait débuté par la considération de l'esprit, si Kepler, Galilée, Newton, par exemple, avaient été des psychologues». Y Bergson condensa su pensamiento en un período corto e incisivo: «C'est la matière et non plus l'esprit qui cût été le royaume du mystère». Colocada en tan peligroso declive, se ve a qué situación llegó la ciencia: a una estrecha aplicación mecánica, a una concepción *técnica* de las cosas, depresiva y unilateral. Se alzó una nueva barbarie, ¡y qué espantosa barbarie!, en que la civilización occidental, opulenta de riquezas espirituales, se condenó ciegamente al suicidio.

El increpado aislamiento de España y la increpada inadaptabilidad de Portugal a las transformaciones del industrialismo moderno, tema desenvuelto o glosado como prueba de la decadencia irremediable de los pueblos peninsulares, son las más robustas y sólidas garantías del futuro en la posible transfiguración del Occidente. Las simientes milagrosas del espíritu las conservamos nosotros como nadie. Y si observamos que el crepúsculo de la Península, iniciado sombríamente en Westfalia en el siglo XVII, coincide con el eclipse temporal del Pontificado y también con el lastre del individualismo filosófico y de las teorías económicas, que de manifiesta extracción judaica nos encaminaron directamente al despeñadero

en que la civilización occidental se retuerce, suspensa, reconoceremos que la esencia del alma hispánica y su natural expresión servían mejor a los intereses y a la vitalidad de Europa que el *libre examen*—al que se atribuyen supuestos beneficios—y los triunfos mecánicos de la ciencia.

El proceso del largo abastardamiento de la inteligencia europea se halla magníficamente informado y juzgado en los estudios del eminente Jacques Maritain. El regreso a las fuentes vivas de la Escolástica, de la *perennis philosophia*, impónese como el único medio de tratamiento enérgico para los desvaríos y yerros mentales en que nuestra civilización, la civilización occidental, incurrió. La reconciliación de la razón con la objetividad, por modesta que se nos presente, es la condición primordial de todo renacimiento. Oigamos a Maritain: «Les deux péchés intellectuels que nous avons relevés plus haut, l'ambition d'acquérir, avec les seules forces naturelles, une science (à dominante mathématique désormais) parfaite et exhaustive, et le parti pris de façonner le réel à la mesure de l'esprit humain, étant le principe secret de cette séparation de la raison avec l'ordre vrai, devaient cesser d'être des accidents menaçant constamment la connaissance, pour devenir la règle même et la loi de celle-ci. C'est là à vrai dire, la signification foncière de la réforme cartésienne. L'esprit, des lors, entraînait réellement en servitude, car il se trouva lié à l'erreur par une sorte de contrat, et il devait fatalement subir, au terme de la philosophie moderne, le joug de l'absurdité déclarée et formelle qu'il s'agisse du logicisme hégélien, posant que l'être et le néant

sont la même chose, ou de l'anti-intellectualisme bergsonien affirmant que «le changement est la substance même des choses» (Antimoderne. París, edición de la Revue des Jeunes). Esta es la prisión en que la inteligencia se metió por su divorcio orgulloso con la ley del espíritu. Inventariando las causas de tamaño mal, tropezamos aún con la Península, manteniendo y defendiendo en el siglo XVII lo que quedaba de la experiencia intelectual de los antiguos, del patrimonio cultural del Occidente. No es fácil ahora detenernos sobre la degeneración de la Escolástica y la vergonzosa debilidad a que la redujeran capciosos argumentadores, que, a fuerza de esquematizarla, la despojaron de la objetividad de todo su contenido. Y de aquí el prestigio, la inenarrable seducción de la filosofía nueva, cuando Descartes la enunció. Sólo una gran figura, aunque ignorada y más aún tratada de llevar a la penumbra de un olvido indignante—figura que, según el juicio desapasionado de Maritain, se hombrera casi con Aristóteles y Santo Tomás—, sólo una gran figura llena el siglo XVI, guardando el tesoro mal utilizado de la filosofía de la «Escuela». Es fray Juan de Santo Tomás, profesor en Alcalá y autor del *Cursus philosophicus Thomisticus*.

En su *Antimoderno*, así se explica Maritain, discutiendo acerca del renacimiento tomista y de la ilusoria floración francesa del siglo XVII, cuya historia es para él la historia del pecado de Francia en el terreno del orden intelectual: «Que serait-il advenu de la France et du monde, si le mouvement classique du XVII^e siècle avait choisi pour maître et pour guide en

philosophie, non pas la dure et étroite tête orgueilleuse qui rejeta et détruisit tous les précieux instruments de sagesse préparés le long des âges par le labeur des hommes, mais le vaste et puisant métaphysicien que continuait et commentait humblement Aristote et Saint Thomas à Alcalá de Henares pendant que Descartes combinait en Holland sa révolution philosophique, le docteur profond Jean de Saint Thomas?» Es, aunque en diferente plano, la interrogación de Bergson. ¿Pero de dónde venía, a qué país pertenecía ese filósofo extraordinario, bajo la casi impersonalización de su humildísimo nombre conventual?

Dominico y profesor de Felipe IV, fray Juan de Santo Tomás, el formidable profesor complutense, había nacido en Lisboa: ¡era portugués! Para vergüenza nuestra, ¿quién lo sabía allí? Primero, el absurdo y farisaico criterio de Inocencio en su *Diccionario bibliográfico*, repudiando a todos los autores portugueses que hubiesen escrito en latín, y con ello lanzando al olvido de lo inútil la contribución brillantísima que al pensamiento europeo pagaron tantos de nuestros seiscentistas. En seguida, nuestro estigmatizador desprecio por la filosofía conimbricense, por ser entre nosotros un capítulo de vida jesuística. Y, finalmente, el antagonismo irracional y antipatriótico que, colocándonos vueltos de espaldas a España, nos robó por mucho tiempo escultores como Manuel Pereira, e internacionalistas—valga el calificativo— como fray Serafín de Freitas. Todo se combinó de este modo para que Portugal dejase marchitar y desarraigarse casi uno de los más erguidos florones de su diadema intelectual.

Pero yo observo en este momento: ¿si el individualismo mata a Europa, si la civilización occidental corre el peligro de subvertirse, si no vuelve a reconciliarse con el elemento absoluto de la Existencia, no es para considerar, y considerar estimuladoramente, que en el deshacerse de los relativismos filosóficos y de los materialismos económicos, las criaturas sedientas de verdad y de orden depositen o devuelvan su confianza a la concepción del mundo, como los hispanos la entendieron y practicaron, identificados por una ley misteriosa de su destino, con la misión augusta del Cristianismo sobre la faz de la tierra? No es, sin embargo, solamente ese el incalculable capital de espíritu de que el genio hispano dispone para acudir a la crisis de la civilización occidental. No es solamente su modo de aferrarse a la economía del trabajo y de la tierra su fidelidad instintiva a las disciplinas mentales de la filosofía de la «Escuela». No es solamente la posibilidad consoladora de una mejor suerte para Europa, si en el agonizar de la Cristiandad en el siglo XVI, la gente que presumía de culta, en lugar de oír a Descartes, hubiese oído a fray Juan de Santo Tomás. Reside, principalmente, en la revisión de los valores sociales y políticos contemporáneos, el extraordinario refuerzo que recibe la civilización occidental de las veinte nacionalidades llenas de savia de la América-Hispánica, en la hora incierta en que Asia amenaza suplantarla con las humaredas disolventes de su misticismo, o bajo el casco de sus millones de corceles, galopando en dirección del Poniente, en una cabalgada apocalíptica.

«Quand ils célèbrent la Fiesta de la Raza, le 12 Oc-

tubre, anniversaire du jour où Colomb parvint au Nouveau-Monde—dice Maurice Legendre—, les Espagnols, sans se forger des notions aventureusement scientifiques, rappellent avec un légitime orgueil que la population de la péninsule (il ne faut pas séparer de l'Espagne le Portugal, dont le rôle est ici particulièrement glorieux) à créé vingt nations dans le Nouveau-Monde; il à fallu que le caractère de la population de l'Ibérie fût singulièrement trempé, pour qu'il se transmet ainsi, pour qu'il fût tradition vivante, pour que l'Espagne et Portugal, répétant dans l'âge moderne le plus grand prodige de l'histoire de l'antique Rome, puissent créer un monde nouveau qui fût à la fois de leur esprit et de leur sang». Y más adelante, lleno de entusiasmo, Maurice Legendre confiesa, con una espontaneidad que lo absuelve de los juicios parcialísimos con que reputa a los patriotas españoles que impidieron a su país entrar en la ruinosa aventura de la Guerra: «Le terme d'I-Spania est un terme sémitique, employé par les Romains qui le tenaient de Carthage, et il signifierait l'île de la cachette; l'île de Calypso symbolise l'Espagne barricadée, le pays fermé des trésors cachés, le bout du monde, où se cache le plus grand de tous les trésors, le soleil. Tel ce pays—insiste el autor de Portrait de l'Espagne—, apparaîtrait à l'aurore de l'histoire, car le terme d'Hispania, que les Grecs n'ont pas employé, doit remonter aux temps préhelleniques. Mais le terme d'Iberia peut à son tour s'expliquer par una étymologie sémitique et signifierait «passage». Et le nom d'Iberia est le nom du pays qui par une singulière rencontre unit l'Europe et l'Afrique, puis, comme si

cela ne suffisait pas encore à sa gloire, l'Europe à l'Amérique; plus encore, le pays qui unit le présent du monde à son passé, l'Occident qui sauve les trésors spirituels de tradition orientale. L'Iberie, c'est l'Espagne et le Portugal, c'est le Mexique, le Brésil et l'Argentine, et les vingt nations qui se défendent contre l'envahissement du mercantilisme yankee».

Convengamos en que es bien amargo y doloroso ver que un extranjero abarque el sentido amplísimo del hispanismo, como raramente se logra en Portugal. Incéndiase la pena de Maurice Legendre en la contemplación de una futura cristiandad, y por eso el *Hispanismo* se le aparece con una suprema síntesis de todas las experiencias religiosas y culturales de la humanidad antigua. Cuando hicimos notar la diferencia entre *persona* e *individuo*, distinción que el Tomismo establece para mejor comprender lo que había de *positivo* y de *negativo* en el contenido histórico de las diversas civilizaciones que, antecediendo a la nuestra, en ella se resumieron, marcamos la característica primordial del genio hispánico por ser la *persona* y no el *individuo* su fundamental unidad. ¡Posición privilegiada la de la Península! Ligando a Europa con Africa, comunicando a Occidente—depurados y bautizados—los tesoros de la recóndita sabiduría oriental y transmitiendo a América, con el viático cristiano, lo que en el alma europa es más bello, más fecundo y más sagrado, su especie de predestinación geográfica encuentra en las perspectivas de la historia una paridad justa, un paralelismo impresionante y a prueba de sofismas! En el genio hispánico se juntan, indudablemente, el Oriente con

el Occidente en un consorcio inesperado y enriquecido por el elemento africano, no el elemento depre-sivo del Africa negra, pero sí el del Africa menor. Tan abierta por sus especiales naturales condiciones a la infiltración romana y cristiana, como demuestra la ardiente mentalidad de San Agustín.

De la fusión felicísima de los tres factores—semita, camítico y jafético—, echando mano de la nomenclatura bíblica, resultó la *universalidad* del genio hispánico, definida por Monís Barreto como una «sed insensata de Absoluto». Ella, según observación de Maurice Legendre, nos enseñó a guardar para nosotros mismos la *parte de María*, mientras que Marta se consumía en las excesivas materialidades del gobierno doméstico, y con esa enseñanza nos fué conferida, en la máxima crisis de Occidente, la dignidad imprevista del único modelo digno de ser imitado y reproducido. ¡Oh, raza sembradora de pueblos, que supiste incorporar el propio ideal civilizador a otras razas hostiles y hasta antagónicas! ¡En verdad que somos la «cabeza de Europa», como Camoens nos llamó! Y no se engañaba Oliveira Martins al preconizar en la última página de su *Historia da civilização ibérica*, con la mirada puesta en el porvenir de la Península, «que el papel de apóstoles de las ideas futuras está reservado a los que ya lo fueron de la antigua idea católica».

Pues quienes se consideran en Portugal interesados en la doble tradición católica y monárquica del país, son aquellos que más enemiga sienten contra

una mayor aproximación hacia España, repitiendo los ridículos temores, que ya Beckford recogía confidencialmente por los saraos y las novenas de la Lisboa del Arzobispo-Confesor.

No aludo señaladamente a los mariscales del señor don Manuel II, que fué Rey de Portugal por un azar trágico para su patria, que es la nuestra. Reivindicando, celosamente, para sí y para su partido la herencia de la *Carta constitucional*, el estructural antiespañolismo del depuesto Monarca es, sin duda, un disfraz hábil, el disfraz con que procura encubrir las dos intervenciones extranjeras, a las que su bisabuela, la señora doña María II, debió la consolidación de su Trono. Se sabe la acción decisiva de la España liberal en ambas intervenciones, crimen sin par que deshonra irreparablemente a nuestro constitucionalismo, el cual si se vengó y duró se lo debe a las bayonetas del general Rodil, el año 34, y después, cuando la *María da Fonte*, a las tropas del general Concha.

Además, ya don Pedro, indebidamente catalogado de «IV», se había entendido con la masonería española para una fusión, para la fusión soñada en los antros revolucionarios, que es precisamente la que la alianza cristiana de los dos pueblos peninsulares debe evitar a toda costa. ¿Pero para qué insistir denunciando una actitud hipócrita en que se comprueba una vez más la irreductibilidad de la Monarquía liberal con el Portugal histórico, tanto pasado como venidero?

No es con detritus de cadáveres, con materia descompuesta, con lo que el edificio del Portugal de

mañana se levantará. Pero fieles al desenvolvimiento de su falsa «internacional» humanitaria, los republicanos portugueses siempre se dieron cuenta de que sus aspiraciones no se realizarían sin una inteligencia con España. Resultó de aquí, como doctrina unionista o simplemente federal, ese espantajo del «iberismo» con todos los pretextos resucitado y denunciado entre nosotros. Porque conviene, y es de inmediata justicia aclarar, que el «iberismo», como sinónimo de una disminución de soberanía por nuestra parte, a través de una unión pura y acabada o por medio del embuste del lazo federal, es una confabulación de carácter masónico exclusivamente, que, elaborada en los comienzos del siglo pasado, vino desde las conjuras de Gomes Freire y don Pedro IV a los brindis ruidosos del célebre «almuerzo» de Badajoz, presidido, de mandil y martillo, por el señor Magalhaes de Lima. ¡Sucede hasta una circunstancia a la que no falta cierta y sabrosa gracia! Vamos a referirla.

Quienes en España se interesan con mayor sinceridad en la aproximación de su país con el nuestro, procuran en todo lo que se haya de relacionar con el patrimonio cultural y con la reciprocidad política de los dos pueblos peninsulares, diferir, prudente y cariñosamente, lo que nos separa, evitar antiguas, pero a cada paso redivivas susceptibilidades. Esto ocurrió, por ejemplo, con la *Exposición Hispanoamericana de Sevilla*, que, para incluir a Portugal, se transformó, salvo error, en *Exposición Iberoamericana*. Argumentación de los que propusieron el cambio: «Es indudable que el apelativo «hispano» abar-

ca a la América hispánica con más exactitud que el apelativo «íbero». Pero como la América hispánica se encuentra especialmente nombrada, tanto en lo que se refiere al Brasil como a las nacionalidades de origen propiamente español, era de temer que Portugal se excusase de colaborar en tan grandioso certamen, juzgándose deprimido al verse englobado dentro del apelativo «hispano», como si fuese una dependencia de España. Y entonces se realizó la transformación. Primero, porque importando mantener delante del mundo y de las patrias que de las nuestras se derivaron la unidad espiritual de la Península, quedaba de este modo absolutamente garantizada; segundo, porque los portugueses, descendientes y legítimos representantes de los lusitanos, son étnicamente más «íberos» que las restantes poblaciones de la Península. No discutiré estas razones; pero sí haré notar la diferencia que en relación a nosotros representa por parte de España la palabra «iberismo». Clamaron, sin embargo, en seguida sus líricas indignaciones los patriotas asustadizos de este lado de la frontera. La palabra «iberismo» les recordaba todas las tentativas anexionistas del siglo pasado, y forzando ridículamente la nota querían que la palabra tuviese en el léxico castellano la significación pervertida que los acontecimientos de una cierta época política la habían conferido forzosamente para cerebros y oídos portugueses. ¿Y qué imaginaron entonces estos encendidos patriotas? Pues que en vez de *Exposición Iberoamericana* se llamase al certamen de Sevilla, no sé exactamente si *Exposición Lusohispanoamericana* o *Exposición Hispanolusoamericana*.

Aparte el pleonasma, se perdía lo que es necesario, lo que es imprescindible afirmar: la unidad de civilización peninsular y su indiscutible bloque ante los particularismos y las disidencias anárquicas de la edad contemporánea.

Nada, pues—repito—, más angustioso ni más humillante para nuestro patriotismo que el odio irracional a España, que denuncia en su supuesta exaltación nacionalista una negativa formal e irreductible de la patria portuguesa.

El problema hispanista es principalmente un problema de *cultura*. Porque solamente la *cultura* nos puede mostrar la fortaleza de las dobles raíces que entrelazan el genio portugués y el genio castellano, separándolos simultáneamente. Basta considerar la influencia que durante el oscuro período filipino ejercimos en la sociedad y en las letras de Castilla para darnos cuenta de cuán indisoluble y acusada es nuestra personalidad como nación. Desconocerlo es desconocer las virtudes magníficas del Portugal verdadero, del Portugal nacido de la alianza mística, de la Fe con el Imperio. Con una literatura como la nuestra, con una lengua depurada en monumentos literarios que son hitos de la civilización occidental; con una epopeya ultramarina y una hoja de servicios inigualables, prestados a Dios y a los hombres, ¿cómo rechazar la posibilidad de una alianza, que de efectuarse no sería otra cosa que la restauración de la perdida *universalidad* de nuestra alma, de la fuerte y grande alma lusitana?

Si analizamos atentamente los tortuosos caminos por los cuales se ha extraviado, principalmente des-

pués de la erupción romántica, el patriotismo portugués, comprobaremos su sensible y deplorable decrecimiento, su progresiva y constante restricción. No disponemos hoy de otra concepción territorial. Nación formada hace tantos centenares de años, tempranamente nos lanzamos a la empresa de los Mares, pronto manifestamos nuestro universalismo, como el más bello timbre de nuestra existencia de pueblo libre. Y es ese título, este florón admirable e inconfundible, el que repelemos absurdamente, repeliendo nuestro franco y leal entendimiento con España, única garantía posible del tipo de civilización que, con nuestras manos unidas, heroicamente realizamos y derramamos por toda la faz de la Tierra. Si se nos apareciese la Patria realmente como es, como un *alma*, como un *genio*, no nos asustaríamos, con certeza, de insensatas e impracticables absorciones. ¡Ah, el dolor que experimento siempre que a los evidentes frutos de nuestra aproximación a España se opondrá— ¿por qué callarlo?—el cobarde tema, el suicida argumento de nuestra debilidad! ¿Se olvidan esos jeremías execrables que, aun en la hora misma en que dependíamos de la Corte de Madrid, nuestra individualidad, íntegra desde todos los puntos de vista, ejerció sobre la literatura castellana del Siglo de Oro una verdadera dictadura sentimental?

Tirso de Molina borda su teatro de inagotables temas portugueses, llegando al extremo de dramatizar en «Las Quinas de Portugal» nuestra leyenda nacionalista del *milagro de Ourique*. Calderón de la Barca, en su *Príncipe Constante* (nuestro Infante-Santo), incrusta en el purista castellano del Seiscientos un ver-

so del más puro acento camoeniano, en el que se nos presta el mayor homenaje al poner en boca de Brito:

«Que ainda mortos somos portugueses!»

A través de los escritos españoles del siglo xvii, tan leídos en la Europa culta, Portugal se divulgó en la faceta especial de su lirismo y de su sensibilidad. A tal influjo, contaminado del preciosismo pulimentado de la Francia seiscentista, se debe, sin duda, el prestigio de las *Cartas* atribuídas a sor Mariana, y que no pasan de ser una invención de librería destinada a atraer la atención del público lleno de curiosidad por el amor, que se hizo proverbial— ¡no olvidemos el epigrama célebre de Lope de Vega!—de nosotros, los portugueses.

Pues si en el accidentado período de filipino no nos disolvemos y perdemos, ¿cómo nos vamos a perder y a disolver el día en que el *Hispanismo*—complemento del *Lusitanismo*—nos devuelva las reglas sabias del paralelismo del Quinientos? Síntoma deplorable de nuestra pobreza cívica es, sin dudarlo, la alarma que el espantajo absorcionista de Castilla despierta entre nosotros. Comparemos nuestros lazos con la España hermana a los de Bélgica, sufriendo el duro zapato del duque de Alba, a los que unieron a su metrópoli con los antiguos virreinos de América. Sin nuestros antecedentes, sin los fuertes rasgos de nuestra individualidad nacional, se presentan más firmes y serenos ante la España-madre, acogiendo con calor la atadura de un parentesco diluído en tantos yerros comunes y recíprocos. En su visita oficial a Madrid en 1921, el Rey Alberto, de Bélgica, no va-

ciló en evocar los tiempos en que su país se vió gobernado por la hija de Felipe II, la persuasiva e inteligente Isabel Clara Eugenia, reivindicando para Bélgica el honor de haber sido la cuna de Carlos V (*"Carlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leyva"*, se llamó él, a sí mismo, una vez), del mayor y más glorioso Monarca español. Y en Mayo del año corriente (1), con ocasión del cumpleaños del Rey Alfonso XIII, las manifestaciones de carácter intelectual habidas en Bruselas han testimoniado elocuentemente cómo la Bélgica de hoy saluda en la calumniada influencia española el lazo que al unir a flamencos y walones y mantener el catolicismo de ambos, aseguró los cimientos de la futura nacionalidad.

Tales manifestaciones partieron de belgas eminentes, como el historiador Henri Pirenne, como el pensador y crítico Fierens-Gevaert, como el señor Terlingen, catedrático de la Universidad de Lovaina. El publicista madrileño señor Llanos y Torriglia, pronunció una conferencia sobre la preclara Isabel Clara Eugenia. El citado catedrático de Lovaina afirmó paladinamente, en otra, que «respetando las libertades, las instituciones y el espíritu de nuestras provincias, los archiduques y los Reyes de España del siglo XVII permitieron a la nacionalidad belga desenvolverse libremente, al mismo tiempo que su unión tan estrecha con un pueblo meridional intensificó entre los belgas el esplendor de la cultura latina». Henri Pirenne, el gran historiador, fué tan pródigo en elogiar la obra de España en el hoy territorio belga,

(1) 1924.

que algunos diarios como *Le Peuple*— ¡en todas partes cuecen habas!—dieron suelta a una arcaica y retórica indignación como si el patriotismo consciente y culto necesitase alimentarse de los desvíos o bastardeos de la Historia.

Sin embargo, *La Libre Parole*, órgano—salvo error nuestro—del nacionalismo belga, comentó con aplauso las afirmaciones de Henri Pirenne, aseverando expresivamente, en relación a Isabel Clara Eugenia y a su marido, el archiduque Alberto, que «la primera independencia de Bélgica tuvo por Soberanos a dos Príncipes españoles».

Escuchemos ahora el clamor viril que los estudiantes de las diversas nacionalidades hispanoamericanas, matriculados en las varias Facultades de Madrid, acaban de levantar, como un cántico de temblorosa esperanza, al lanzar las bases de la *Federación Universitaria Hispanoamericana*, en que se traduce el sentir de los escolares de España y de la América hispánica. El *Bureau permanente de la Prensa Latina*, con sede en París (y entre nosotros, ciertamente personalizado en el supremo jefe de nuestra submediocracia, el señor Augusto de Castro), esparció con el impudor habitual en los fabricantes de ideas colectivas para uso y gobierno propios: «Existe en América un mundo latino con fundamento de una afinidad patente de raza y cultura, que une entre sí a doscientos millones de individuos». He aquí la respuesta de los estudiantes hispanoamericanos residentes en Madrid: «¿Desde cuándo los pueblos de habla castellana son deudores a los latinos de su civilización y de su historia? Creemos, y seguiremos

creyendo mientras no se nos pruebe lo contrario, que Hispanoamérica no reconoce más parentesco de raza y de cultura que el viejo tronco hispánico, porque es de Hispania el genio que lo descubriera, y de Hispania el verbo y sangre que lo individualizara». Y añaden después en una exhortación conmovedora: «¡Camaradas del ideal! A vosotros, que sois el alma y el nervio de nuestras jóvenes nacionalidades, es a quienes preferentemente nos dirigimos, seguros de que sabréis conservar nuestro histórico patrimonio, defendiéndolo del latinismo o del panamericanismo a lo Monroe, con la célebre teoría que Estados Unidos sostuvo en la última Conferencia panamericana de Santiago, cuando dijo: «Dad la espalda a Europa; cesad de mirar hacia Madrid».

Pero lo que más nos sorprende aún fué lo sucedido en Filipinas el día de Santiago, el 25 de Julio pasado. Este día, fiesta del Santo Patrón de España, tomó la designación especial de «Fiesta de España». Desde la antevíspera comenzaron los diarios a publicar editoriales conmemorativos del acto y llenos de homenajes a España. El importante diario católico de Manila *La Defensa* insertó en la fecha mencionada los retratos de los Reyes, acompañados de artículos de prestigiosas firmas, y entre ellas la de monseñor Doberty, arzobispo de Manila y delegado apostólico, y la del general Emilio Aguinaldo. ¿Quién es el general Emilio Aguinaldo? El caudillo de la insurrección contra España, el gran caudillo filipino de la sangrienta lucha que fué epilogada por la guerra de España con los Estados Unidos. Para lección de quien la deba recibir es preciso transcribir algunas

líneas de las publicadas por el general. Dice que «España, por medio de la fe cristiana, elevó a sus colonias a su propio nivel, comunicándolas los mismos cánones espirituales y morales que ella profesa». Alude en seguida Aguinaldo significativamente al general Primo de Rivera, con quien se batió, y termina llamando a España— ¡él, el insurrecto y el rebelde!— *querida madre de Filipinas*.

Se suman hechos y hechos y todo tiende a demostrarnos la amplitud con que la conciencia hispánica se despierta. ¿Dejaremos que España sola realice el admirable esfuerzo coordinador que el futuro le anuncia en el desgarrado mundo occidental? Sin nosotros España no llevará hasta el fin, hasta el deseado término, su inconmensurable destino de una verdadera *internacional* cristiana, labramos con manos criminales la certeza, no ya de nuestra muerte, sino de nuestra ignominia. ¿Qué pueden valer nuestros resentimientos, que únicamente traducen desconfianzas irritantes, que tan sólo pueden traducirse como signo de poca firmeza en nuestra vitalidad nacional, al lado de las cicatrices—muchas de ellas mal cerradas—de que Bélgica, lejanamente, y Filipinas, en un pasado más próximo, pueden acordarse? Triste crepúsculo nos envuelve a los portugueses para que condenemos a un miserable y eterno purgatorio aquello que había de lucir con más esplendor en nuestra existencia de pueblo libre y evangelizador: ¡el universalismo de nuestro genio! Abrase la *Histoire de France*, de Jacques Bainville, ruidoso éxito de librería, que obtuvo en corto tiempo una venta de 50.000 ejemplares, y en ella veremos justificada

la observación de Oswaldo Spengler, cuando presenta a Francia preocupada exclusivamente siempre del alargamiento de sus fronteras, absorbida en la idea de su dilatación territorial. Ayer, con los Capetos; hoy, con los patriotas exaltados, que sueñan con el Rin, como soñarían mañana con Bélgica y con el Ebro; vemos cómo la esencia del espíritu francés prueba por entero la apostilla de Lavissee, perfilada por el abate Mourret en su bellísima *Histoire Générale de l'Eglise*, diciendo que en Westfalia Francia inició la política del «egoísmo nacional», política—afirmamos nosotros—de la que derivaría el germanismo que inflamó a Europa, y que que estalló trágicamente en la guerra. ¿Qué es el siglo xvii francés, qué es el «gran siglo» de Francio sino—al decir de Ranke—una especie de reacción contra Europa? El propio Jacques Maritain lo reconoce: «C'est que l'effort de restauration du xvii^e siècle souffrait de bien des tares et de bien des faiblesses,

...il fut gallicain, ce siècle, et janséniste!

disait Verlaine.

Et, en effect, le gallicanisme et le jansénisme sont les plus visibles de ces tares. Mais il y en a d'autres». Y Maritain escribe después de numerarlas: «En fin, dans le domaine de la vie des peuples, faut il rappeler: que le traité de Westphalie consacrait la disparition de la chrétienté—de la société chrétienne des nations—, pour lui substituer le système de l'équilibre européen, et qu'il consacrait aussi d'une manière officielle l'existence politique et les droits de l'hérésie. avec laquelle les rois de France avaient d'ailleurs

fait alliance. Sur ce dernier point, je sais bien qu'il faut se garder de juger trop precipitamment et que cette politique nous était imposée par les ambitions de la maison d'Autriche, et que les grands mystiques comme le P. Joseph et le P. Lallemand l'ont approuvée; il reste cependant que Saint Louis aurait sans doute trouvé une autre manière de faire, et que le resultat final de tout cela a été la constitution du royaume de Prusse...»

Entonces, triunfa realmente la sobreposición de lo «nacional» a lo «internacional», y en ese momento, se acaba de rasgar la túnica de Cristo, y Europa, desmantelada y dividida, se lanza por el camino directo de la ruina en cuanto los dos pueblos que poseían las características de la «universalidad», Portugal y España, se sumerjen en la decadencia. Es hoy, cuando deshecho y probado en la maldita locura de sus frutos el individualismo, victorioso en Westfalia, las fuerzas secretas de la historia tienden a reconstituir, y en moldes espirituales más conscientes y definidos, el cuadro del antiguo imperio hispánico (el «Imperio de Occidente» entrevisto por Felipe II, o sea el «Quinto Imperio» de nuestro mito sebastiánico); es en este momento cuando Portugal persiste en permanecer en el particularismo subalterno en que se sepultó a partir de la extinción del viejo y tácito acuerdo peninsular. Hay en ello, manifiestamente, un *retroceso*, una regresión tan amplia como funesta, porque ponen de relieve el más grave olvido de lo que señaló para la civilización y para los siglos venideros el mejor resplandor de nuestro genio: la *universalidad*.

Hice mención del libro de Bainville y el caso de Francia para que se mida bien en qué proporción las solicitaciones innatas del alma hispana nos arrancaron pronto a la querella fratricida de los límites. ¿Cuándo se podría alabar Francia de que un fundador de nuevas patrias, como Aguinaldo, le confiera los difíciles pergaminos de «madre de nacionalidad»? Francia prosigue (y es brillante en ese sentido la demostración de Bainville) la tradición de su egoísmo, disolvente de la comunidad europea; egoísmo que antes de ligarla al protestante en Westfalia, originando con Prusia el «pecado de Europa», la ligaba al turco, con Francisco I, hasta el punto de provocar en Camoens un apóstrofe, candente como un hierro de marcar. Francio sólo persigue un universalismo: el de la Revolución. Y si se adorna con la dalmática suntuosa de madre de la Latinidad, es para disfrazar con un sospechoso y artificial "latinismo" su incapacidad de adquirir legítimamente el predominio mundial (que no merece), especialmente el predominio sobre la América, que nosotros, los peninsulares, arrancamos a la selva e incorporamos a la civilización occidental. Portugal, por su parte, constituido territorialmente hace tantos siglos, con un universalismo que le conquistó la paternidad de los tiempos modernos; Portugal, se recoge sobre sí mismo, abandonándose a los temores de las organizaciones filosóficas secundarias, y dependiente política y económicamente de Inglaterra, se enfeuda espiritualmente, con una terquedad que degrada, al prestigio intelectual de Francia, de la Francia que aún no se completó geográficamente como nación. ¡Qué diferen-

cia—y qué diferencia casi infranqueable—entre el ideal francés (alcanzar el Rhin y pulverizar a Alemania) expresado en el libro de Bainville, y que consiste en la anarquía política del «equilibrio» consagrado en Westfalia, y el ideal portugués, lusitanísimo, de la Fe y del Imperio, a que con urgencia nos debemos reintegrar!

Se comprende, pues, el carácter trascendental del *Hispanismo*, su altísimo valor humano. Cuando pugnamos por la *alianza peninsular*, no pugnamos, por tanto, por una alianza del género y tipos conocidos.

Esa alianza será el comienzo de una especie de norma colectiva en que se traduzca el supernacionalismo hispánico, marco portentoso que, circundando el Atlántico, lo convierte familiarmente en un verdadero *mare nostrum*. No nos sumaremos por ello a los golosos de Tratados de comercio, en que la desnacionalizada hacienda de la Península consiga los huevos de oro de la gallina del cuento. Por este motivo protestamos también contra los términos en que el príncipe reinante de nuestra mediocracia—el subescritor Augusto de Castro—interviuó en Miramar al Rey Alfonso XIII, poniendo en grave aprieto a quienes en un campo superior de cultura y de espíritu pretenden la aproximación de las dos Patrias hermanas. Pero semejante aproximación, si la buscamos como prolongación indispensable del nacionalismo portugués, no la deseamos hasta tanto que el arreglo doméstico, el orden interno, no esté logrado en Portugal. Portugal y España tienen que resolver, ante todo, las cuestiones que se relacionan estructuralmente con la crisis general del Estado en todas

partes, y que en los dos países peninsulares se revisiten de una particularísima gravedad. Como nosotros, lo juzga también la visión penetrante del señor conde de la Mortera. De modo que, inicialmente, apenas nos cabe promover el resurgimiento de la obligada conciencia hispánica, avivando lo que nos une y pesando lo que nos separa. Sólo se efectuará este resurgimiento de un modo duradero gracias al carácter eminentemente católico del genio hispánico. Y no es otra la base que nos llevará, por nuestra parte, a entrelazarnos con el Brasil. ¡Hay que sonreír al ver a la jacobinocracia lisboense pregonar confederaciones y otras fantasías de demente con la gloriosa nación del otro lado del mar! Furiosamente enemiga de nuestra formación cristiana, antagónica con todo cuanto representa el contenido creador de nuestra Historia, la jacobinocracia que nos domina y esclaviza no puede comprender al Brasil, ni amarlo, ni procurar sinceramente su estimación, porque se excluye sistemáticamente de aquel orden de creencias y de sentimientos que antaño generaron la patria brasileña, y que son hoy todavía su savia más fuerte. No transigimos nosotros con las falsas embajadas intelectuales y políticas que, navegando vistosamente hacia Río, sólo disponen de saliva y de retórica, acusan sólo la indignancia mental de nuestra república, tan antiportuguesa como corrompida. A la generación que en la vergüenza y en la expiración aprendió en silencio a amar a Portugal; a la generación que con ansias de rescate sube hacia la vida y hacia la lucha, pertenece el paso decisivo. Y no lo dará de balde ciertamente, porque a la decisión pa-

triótica más firme une una grande y clara inteligencia.

Supongo dilucidado el magno problema del *Hispanismo*. El libro que vais a hojear es un libro a veces fragmentario, al que no sobran ni la armonía, ni la proporción. Los primeros capítulos (que fueron embrionariamente una conferencia que pronuncié en Madrid, en Abril del 21, en la Unión Iberoamericana, gentilmente invitado para ello por mi ilustre amigo el señor marqués de Figueroa), se resienten del movimiento de las palabras destinadas a ser habladas y no leídas. Así, el capítulo *Sebastianismo y Quijotismo*, superflua pieza literaria en que prevalecieron ciertos residuos de bien explicable romanticismo nacionalista, y que si fuese modificado en una probable segunda edición no significaría apartamiento—aunque así lo imaginaran patriotas alarmados—de lo que tiene de fundamental. Más que nunca entiendo que la unidad magnífica del genio peninsular está garantizada e individualizada por su evidente dualismo. A quienes me supongan tentado por el oro de Cristóbal de Moura solamente les diré que nadie como yo, en Portugal, emitiendo la teoría del dualismo del genio peninsular—entrevista por Oliveira Martins y por Monís Barreto, pero nunca sólidamente definida—enriqueció tanto el conocimiento de lo que nos separa de Castilla con datos y materiales recogidos en insospechosos autores españoles. No se me juzgue vanidoso por recalcarlo. Es una bofetada incontestable a los alevos anónimos, de que soy co-

bardemente blanco. ¡Adelante, sin embargo! Y sea para aseverar terminantemente que, modificado, probablemente, un día el capítulo *Sebastianismo y Quijotismo*, lo ha de ser en forma y no en sustancia; lo ha de ser en el modo literario, trascendiendo a «saudosismo» y a Teixeira de Pascoaes, y jamás en lo que de peculiar y propio se atribuye en él a cada una de las facetas del genio peninsular. Conviene también recordar a quienes me consideran adscrito a la defensa de la alianza con España solamente desde la época de mi destierro, la consulta del volumen *La cuestión ibérica*, en su página 27. Allí, se escribe, categóricamente, después de haber declarado, con no menor claridad, al numeroso auditorio que en la noche del 7 de Abril de 1915 llenaba el salón de honor de la *Liga Naval*: «La fórmula del mañana en política exterior ha de ser, sin duda, no *unión ibérica*, sino *alianza peninsular*». Los acontecimientos y el estudio maduran lentamente en mi reflexión la evidencia de esta verdad. Y en el auge de la guerra, más de un año antes de los sucesos que me llevaron a la emigración, en un largo artículo publicado en *A Monarquía* (Octubre de 1917)—artículo titulado «O nosso futuro» (1), y que la censura mutiló furiosamente—, me acudía la misma idea con una energía, de que me es lícito sentirme orgulloso. «De bruces sobre el Atlántico—decía yo en aquella ocasión—, el día en que a la estulta fórmula de *unión ibérica* se sustituya con la fórmula consciente y erguida de *alianza peninsular*, Portugal, ligado a España

(1) Incluido en la obra «Durante a fogueira». Páginas de guerra, publicada en Lisboa el año actual.—(N. del T.)

por la misma finalidad exterior, recuperará de nuevo el sentido adormecido de su vocación mundial». Tales son las jornadas en las cuales, antes de mi prolongada residencia en el país vecino, se fué concretando y pormenorizando aquello que sería más tarde en mi pluma y en el calor de mis convicciones la síntesis completa de *hispanismo*. Si lo señalo de este modo es para que se restablezcan en su exacta medida las responsabilidades y las primacías que en justicia me hayan de corresponder.

Sería interesante indicar ahora que la síntesis hispanista surgió como remate de mi lusitanismo, al término de una operación inversa de aquella que condujo a semejantes verificaciones al espíritu privilegiado de Oliveira Martins. Embargado por la identidad de tantos trazos fundamentales de Portugal y Castilla, al mismo tiempo que su negativismo histórico le llevaba a una conclusión pesimista sobre las razones de ser, de la nacionalidad portuguesa, Oliveira Martins hallaba en el *hispanismo* el triunfo fatal e inevitable de la unidad peninsular, a que nos habíamos hurtado artificialmente. Poniendo el Acaso, como determinante máximo de nuestra existencia de patria libre—¡el Acaso, tan de moda en las teorías de Spengler!—, Oliveira Martins desarrollaba ciertos gérmenes criticistas, ya palpitantes en la obra de Alejandro Herculano. Y el materialismo de las concepciones políticas y sociales entonces al uso le lanzaba abiertamente a la doctrina del «imperio», como suma de fuerzas a la vez militares y económicas, doctrina tan querida del siglo XIX, y que, de transparente sello revolucionario, provocó el des-

arreglo en que se desfibra la Europa actual. Admitida, pues, la precaria—precaria para él, para Oliveira Martins—soberanía del Estado portugués, de ella partiríamos para un entendimiento leal entre las dos patrias peninsulares. Equivocadas las bases de construcción de Oliveira Martins, hemos de ver que su raciocinio como historiador se torna después lógico y certero. Y dice, en un rasgo de genial penetración: «El dualismo, restaurado en 1640, en nada se parece al de Avis, pues se asentaba en la idea de *oposición*, cuando éste lo hacía en la de *cooperación*, con la esperanza, más o menos vaga, de la unidad; y mucho menos puede recordar el sistema anterior a 1383, pues entonces todavía no había en España dualismo, sino un haz de Estados, más o menos autónomos, incluyendo hasta los musulmanes. Sólo con Fernando e Isabel se conquistó Granada». Y aún añade Oliveira Martín: «El dualismo restaurado en 1640, obedeciendo constitucionalmente a la idea de oposición a España, tenía como condición necesaria el apoyo de otra o de otras potencias, pues aislado Portugal, en los siglos XVII y XVIII dependió de las condiciones de equilibrio europeo, debiendo su autonomía principalmente a Inglaterra, que, por heredar por partes nuestro imperio colonial, tomaba a su cargo el echarnos sobre los hombros el manto defensor de su protectorado. Por eso, cuando Napoleón revolucionó a Europa, derribando la construcción ponderada por siglos de tradición monárquica, el Iberismo surgió en España. Por eso, mientras que las revoluciones peninsulares pongan en riesgo la estabilidad de las instituciones y las crisis sociales agiten las

masas; mientras que, al mismo tiempo, no haya en Europa interés suficiente a determinar intervenciones, el iberismo tiene que ser el fondo político de todos los movimientos, en España como en Portugal».

“*Iberismo*”, es inútil aclararlo valía para Oliveira Martins lo que *Hispanismo* vale para nosotros. Y precisamos admitir con él, que el dualismo restaurado en 1640, fué restaurado sobre la idea de oposición a España; al contrario del dualismo llevado a cabo por la Casa de Avis. Ahora bien; ¿puede ser éste motivo para la condenación del acto libertador de 1640? ¡De ningún modo! Lo que hay que subrayar son las desgraciadas condiciones en que Portugal quedó, como igualmente quedó España. La conspiración europea tramada contra la supremacía de la Península alcanzó a ambas patrias peninsulares. Vencido por el protestantismo, en Westfalia, el Estado vecino, supimos aprovecharnos de las circunstancias para salir con nuestra soberanía intacta del duelo en que nos batíamos contra Madrid. Pero— ¡dolorosa contradicción!—tan cristiana en sus objeciones, si, al advenimiento del Absolutismo, la revolución de 1640 es una revolución tomista— ¡consiéntase el adjetivo!—, porque aplicaba a la libertad de los pueblos los conceptos resucitados de Santo Tomás, se tornó en manos de los Estados protestantes, a los que nos hubimos de juntar, un arma de disolución para lo poco que aún quedaba de cristiandad. Aunque la Historia no se rehace, nada nos prohíbe el preguntarnos a nosotros mismos si el crepúsculo iniciado en Westfalia hubiese sido posible, de haber el paralelismo del Quinientos persistido en los términos

de respeto para las dos autonomías peninsulares, en que persistió hasta la subida de Felipe II al Trono de Alfonso Henríquez. La lección que se deduce de tan formidable fracaso es una, bien clara: resucitado ese viejo y admirable paralelismo, su eje no deberá nunca ser de nuevo un eje de naturaleza *dinástica*; un mero contrato de *príncipes*. Lo que hirió de muerte al paralelismo del siglo XVI salta a la vista. Asentado en una política de alianzas matrimoniales, única realizable entonces, había de concluir irreparablemente o en un Monarca portugués, ciñendo la Corona de San Fernando, o en un Monarca castellano, empuñando como heredero, no como conquistador —subráyese siempre—, el cetro del maestro de Avis. ¿De quién fué la culpa? Ya lo hemos apuntado: tanto de los Reyes de Castilla como de nuestros Soberranos.

Bien se comprende cómo, a pesar de restituído a su realeza nacional, Portugal acompañó a España en el declive por donde rodó, a continuación de los desastres militares y diplomáticos, legalizados en Westfalia. Subalternizados por la *idea de oposición a España*, que agudamente destaca Oliveira Martins, a las funestas consecuencias de la política funesta del «equilibrio europeo» muy bien sabemos en qué se resumió, a partir del siglo XVII, la función internacional de nuestro país. Reducidos a un simple nacionalismo territorial, fuimos víctimas de la obsesionante amenaza unitarista de Madrid, unas veces maliciosamente fantaseada por Inglaterra, otras veces con ciertas raíces, en la errada política de la Monarquía vecina. ¿Qué prueba todo esto? Pues, sencillamente, el que

por más que procuremos ignorarlo o desvirtuarlo, el problema peninsularista necesita ser resuelto. Y necesita ser resuelto, porque la consecuencia inmediata del desentendimiento de las dos soberanías políticas de la Península es su disminución en provecho de tercero. Así lo confirma la ingerencia excesiva de Inglaterra en los negocios de la Península, que tan rápidas fueron las consecuencias del antagonismo en que se fundó, por culpa de España y por nuestra propia culpa, la restauración de 1640. Es oportuno observar que sintiéndose escarnecida por las falaces promesas de Mazarino, a continuación de la batalla de las Líneas de Elvas, doña Luisa de Guzmán hizo publicar un vigoroso manifiesto, aseverando enérgicamente «que de las Ligas hechas y propuestas por Francia, ninguna ventaja había sacado Portugal, lo que debía servirle de lección, ya que durante diez y siete años había descuidado la busca de auxilios en otra parte, debiendo recordar a Francia que si reuniese con España, y en su contra, los Ejércitos que ambas tenían en campaña, y con los que se hostilizaban mutuamente, no era difícil prever el resultado». De aquí se deduce que no se había extinguido del todo la posibilidad de la antigua «política de cooperación», en que se cimentó el dualismo del siglo XVI, sobre todo. Pero esa política de cooperación suponía un punto de mira común, punto que se borró totalmente en el descalabro general de la cristiandad, cuando España recibió en pleno pecho el golpe más fuerte de la Guerra de los Treinta Años.

Gravitando mortalmente sobre la comprensión de nuestra Historia la idea de oposición a España, con

la que se constituyó el Portugal-Restaurado, no nos consintió hasta hoy interpretar debidamente uno de los episodios más expresivos de la Restauración, y con el cual es frecuente enlodar la memoria del padre Antonio Vieira. Quiero aludir a la conspiración del duque de Híjar y al plan del padre Antonio Vieira, combinado con algunos ambiciosos españoles para destronar a Felipe IV y casar a doña María Teresa de Austria, entonces su única heredera, con nuestro malogrado don Teodosio, a condición de trasladar a Lisboa la capital de la nueva Monarquía dualista. Demostración elocuente de que si hubo para nosotros un *peligro español*, hubo también para España un *peligro portugués*, obligáanos juntamente a admitir que, para las cabezas más esclarecidas del Portugal-Restaurado, el aislamiento de nuestro pequeño país, en una Europa entregada al derecho del más fuerte y del más desleal, no era ni sonriente ni desahogado.

La reaparición, con las victorias napoleónicas, del siempre renaciente fantasma de la unidad ibérica, para unos, como tema de defensa recíproca, para muchos—ya contaminados por el huracán revolucionario—, como aspiración federalista o unitaria, sólo corrobora la verdad señalada por Oliveira Martins: en todo momento de crisis, peninsular o europea, la cuestión de las relaciones de Portugal y España, despierta y toma cuerpo ante nuestra mirada. ¿Por qué? Porque suma invariable de los intereses nacionales, tanto de España como de Portugal, existe un *interés peninsular* que afecta, por partes iguales, a la vitalidad y la grandeza de ambos países. Lamentábanse a Beckford los beatos y los elegantes de la Lisboa del

Intendente, de que no tardaríamos en figurar en el mapa en calidad de simple provincia española. Al fin, mal corrida una decena de años, nos aliamos a los españoles para expulsar de la Península a las águilas del corso. Y la España que abrió paso al ejército de Junot aprendió, y sangrientamente, que es golpe que la afecta, todo golpe dirigido contra Portugal.

¿Deséase testimonio más evidente de la existencia de un *interés peninsular*, en cuya custodia y entretenimiento Portugal y España necesitan imperiosamente colaborar?

No siendo profeta, a punto de acertar en menudencias y detalles, Oliveira Martins acertó, sin embargo, en la dirección que había que imprimir a tan largo como porfiado debate. «¿Cuál es por consiguiente, el problema que el juicio aconseja a las dos Monarquías de la Península?»—se preguntaba el historiador, bajo la penosísima impresión de nuestra ya entonces absoluta invalidez externa. «Es el regreso a la tradición de Avís, a la política de cooperación, desposeída, sin embargo, de recíprocas esperanzas de absorción por el proceso anacrónico de los enlaces dinásticos». Y en otro artículo—*Alianças*—, Oliveira Martins, no es ni menos explícito ni menos persuasivo, azotado de más en mejor, por la brutalidad del *Ultimátum*. «Después de 1640—escribe—, las necesidades de la política nos impusieron la dura obligación de aliarnos con Inglaterra y con Holanda, que durante los sesenta años de la dominación castellana, y con anterioridad a ella, saqueaban ampliamente el dominio colonial portugués. Y se aliaron a nosotros

esas potencias, entonces en las albores de su juventud, porque de ese modo sancionaban la posesión de lo que habían obtenido, más o menos legítimamente» (1). Y el historiador, con la pluma sangrando, recuerda: «Tal es el punto de partida de la alianza inglesa, a la que los crueles hechos de hace pocos días vinieron definitivamente a poner un término».

No lo pusieron. Y como no lo pusieron, es conveniente que vayamos siguiendo la exposición de Oliveira Martins: «Explotando nuestra debilidad, Inglaterra, cual si fuese un vampiro, nos sangró de diversos modos. En primer lugar, haciéndonos como ahora ha hecho con Turquía; esto es: con el pretexto de defendernos, irnos arrancando a pedazos, directamente, o por el intermedio de Holanda, la glo-

(1) Es interesante anotar que las observaciones de Oliveira Martins fueron precedidas en Portugal por las de alguien que no encontró aún quien ensalzase su incomparable figura. Aludo a Antonio Ribeiro Saraiva, que es sin duda, y pese al desorden creador de sus raras cualidades, uno de los portugueses más completos del siglo pasado. Le contemplamos apenas a través de su miguelismo pertinaz e intransigente, y sería preciso juzgarle a través de su prodigiosa actividad, de su fecundo pensamiento político, de sus verdaderas concepciones de hombre de Estado. Sin la elegancia literaria de Garret, Ribeiro Saraiva es tal vez, más que él, el ejemplo acabado de las nacionales raíces de nuestro Romanticismo. Pues bien: en su opúsculo «El miguelista en Londres», número 2 (1871), Ribeiro Saraiva esboza una singular y anticipada teoría de nuestra alianza con España. Penetrantemente, escribe en ella, aludiendo al acto revolucionario de 1640: «Toda Europa apiaudió esta restauración, no porque restituyese el ejercicio de derechos a quien los tenía (esta consideración entra por mucho en las frases y poco en la realidad de los cálculos políticos),

riosa herencia de los tiempos. Las dos costas del Indostán, con sus islas, Zanzíbar, con Mombaça, el cabo de Buena Esperanza, entre otras muchas, eran posesiones antaño nuestras y hoy inglesas».

»Por otro lado, finalmente—prosigue Oliveira Martins, algunas líneas más adelante—, Inglaterra tenía aquí, en Portugal, un campo de operaciones contra España siempre abierto, y en nuestros puertos podían desembarcar libremente los ingleses, imponiéndonos la intervención en todas las contiendas europeas y haciendo de los nuestros campos de guerras que nada nos interesaban. Esto es lo que sucedió en los diez años de la Guerra de Sucesión de 1703 a 1713; en 1793, cuando se nos obligó a declarar la guerra a la República francesa, y en 1801, cuando se la declaramos también a España. Fué también lo que acaeció cuando en 1807, invadido Portugal por los franceses, Inglaterra, so pretexto de defendernos, nos saqueó, destruyendo sistemáticamente las fábricas nacionales e imponiéndonos los Tratados de 1810

sino porque así de nuevo se cortaba en dos trozos el coloso peninsular que atemorizaba». Y Ribeiro Saraiva le demuestra con una impresionante claridad: «Sin dejar de hacer justicia plena a los talentos y habilidad de los negociadores que el señor don Juan IV envió a solicitar de diversas Cortes su reconocimiento, es preciso confesar que las mayores facilidades que hallaron fueron hijas de encontrarse de acuerdo el objeto de la negociación con los principales intereses y deseos de esas potencias. Estas no se limitaron entretanto a reconocer nuevamente la legitimidad de la restauración: trabajaron por establecer toda especie de precauciones a su alcance, procurando evitar que para lo futuro se repitiese la escena de la formidable unión que acababa de romperse».

con el Brasil, Tratados que fueron el prólogo de la emancipación».

» ¿En qué nos podíamos lucrar en esta alianza con un pueblo, tan astuto como rapaz, que explotaba nuestra filantropía ingenua en beneficio de un egoísmo insaciable? »

» El recuerdo de los sesenta años de dominación castellana hacía creer a muchos que nos beneficiaba la independencia. ¡Como si el pensamiento de España fuese repetir el error de 1580! ¡Como si pudiésemos llamar independencia a esta libertad de explotación, rematada por la impunidad del insulto! »

Y en su patriotismo, dolorido y alarmado, Oliveira Martins traza, con convencimiento, las ventajas de la alianza peninsular: «Sólo ella es útil para Portugal y para España, considerados en sus particulares intereses nacionales, siendo, al mismo tiempo, el único medio de darnos a ambos aquel papel que la Naturaleza nos repartió para nuestra intervención en el mundo. Desligados, vegetaremos siempre miserablemente; aliados, nos haremos respetar por los fuertes, porque estaremos entre los primeros».

«Ese respeto, que viene de la fuerza— ¡y no hay otro en el mundo! —, salvaguardará nuestro imperio colonial, defendiendo nuestros puertos, que están a merced de quien quiera insultarnos— insiste Oliveira Martins—, y por lo que respecta a España, que tampoco puede guardar la frontera abierta que nos separa de ella, la alianza la pondrá al abrigo de la repetición de casos como los del principio del siglo XVIII y del XIX, en que Portugal fué el campo de operaciones, el lugar de desembarco y el arsenal de guerra,

vuelto contra ella misma». Después, el historiador pasa revista a las hipótesis, que, naturalmente, se suscitarían al encarar la necesidad de apartarnos de Inglaterra, pero de modo de no caer en los brazos de España. Ya se preconizaba entonces la alianza con los Estados Unidos—con la «Gran Judea»—que, según la vigorosa observación de Oliveira Martins, por el aumento desmedida de su producción industrial, sólo ambicionaba «poner el pie en Europa para intervenir en sus problemas, para disputar sus mercados».

«Aliados a los Estados Unidos—previene—, nos habríamos de embarcar en todas las aventuras en que la ambición de esa nación, pujante de una fuerza en vía de crecimiento, hubiese de lanzarse, corriendo los riesgos y pagándole las costas. Después de haber, en parte considerable, cooperado al engrandecimiento de Inglaterra, emepequeñeciéndonos, iríamos ahora a repetir una historia condenada y a preparar para el futuro las propias crisis que hoy provocan nuestras angustias». Analiza igualmente Oliveira Martins la quimera «de una Liga o Federación del mundo latino», que clasifica como «frase o ingenuidad poética». Invención masónico-romántica, es hoy la máscara con que se ocultan los designios ocultos de Francia, por ejemplo, para disfrazar su inevitable aislamiento y decorarse en nombre de la Libertad. Por eso, Oliveira Martins, con una penetrante anticipación, afirmaba, aunque pregonando en desierto, que *''para nosotros, incontestablemente, no hay sino una alianza posible, que es la española''*. «Ningún interés, ninguna simpatía, ningún conflicto separa la orientación política en las relaciones ex-

ternas de los dos pueblos peninsulares... Es la alianza española, por otros muchos motivos, además de los motivos fundamentales de la identidad de los intereses étnicos, de la comunidad del genio y de la Historia. Es la alianza española, porque sólo aliados los dos pueblos peninsulares, España y Portugal, pueden contar en los Consejos europeos como una gran potencia, capaz de infundir respeto o miedo, protegiendo así el gran imperio colonial latino, esto es, lusohispánico, esparcido por todos los continentes del mundo». Y apostolizando una convicción enraizada, y lleno de claridad íntima, Oliveira Martins aduce: «Mientras España tenga abiertas las puertas de su casa por la frontera portuguesa, indefendible; mientras Portugal pueda tener un aliado en cualquier nación, que puede ser su enemiga, como sucedió en los principios de los siglos XVII y XIX, España, flaqueada por Gibraltar, jamás podrá ser una gran potencia. Es porque nosotros hemos de dar a España este grandísimo valor, por lo que la alianza española es posible y puede ser duradera y fecunda».

Hoy, como ayer, en la incapacidad de valorizarse internacionalmente, reside para España, sin duda, el atractivo de un acuerdo con Portugal (1). Hoy, como ayer, a pesar de su *pequeñez* geográfica y de la ruina económica que lo amenaza, Portugal guarda

(1) No olvidemos que esto lo escribía Antonio Sardinha cuando aún la marcha política actual estaba en su preludio. Hoy, su instinto justiciero y su perspicacia histórica hubiesen reformado la afirmación; lo que a juicio—modesto, como suyo—del traductor, no varía la conveniencia capital de la alianza, que será «necesaria» aunque España alcance en poco tiempo la situación que esperamos. (N. del T.)

la llave de su levantamiento en el concierto de los demás Estados. Y para la objeción que a cada instante fluye a la boca de cierto patriotismo, calificado de «prudente», porque no debe gustar tratarse de «cobarde», aún Oliveira Martins nos provee de una respuesta de flagrante actualidad: «Contra la alianza española se alza, por alguien, el espectro fugaz de la unión ibérica. Afirmamos nosotros que ella es el único medio de evitar la absorción temida, por lo mismo que es el único medio de robustecer nuestra fuerza nacional». ¿Por qué? «Porque aliadas las naciones peninsulares, conjugadas sus fuerzas para un fin superior común, los peligros de una absorción se alejan en razón directa de la consistencia del vínculo político. Separadas, y, si no enemigas, indiferentes, Portugal, lanzado en brazos de cualquier protectorado exótico, o entregado a sus propias fuerzas, cuya insuficiencia es manifiesta, irá gradualmente resbalando, hasta enterrarse en una sepultura de ultrajes, como los actuales, y de impotentes pasiones, como las que vemos desencadenadas».

¡Verdad irrefutable la que Oliveira Martins emitió al afirmar que los únicos medios que teníamos de evitar la absorción española eran, simultáneamente, el de robustecer nuestra fuerza nacional y el de la alianza peninsular! No digo que la absorción fuese posible precedida de un acto militar de conquista. No se conquistan ya los pueblos como *res nullius*. Pero al progresar—singular y macabro progreso—, en el vértigo creciente de la confusión financiera y del desorden social, me temo que, apagadas por completo las posibilidades internas de reacción y pulverizado el país en un caos sin remedio, produzca la

hipótesis que Fialho de Almeida rugía en los «Gatos»: «Vendrá un día en que el pueblo, desnaturalizado por todas las lecciones de compraventa, harto de ludibrios y vejámenes, abdique por fin de su ideal de autonomía, pierda la noción del suelo, ensucie las páginas de la Historia..., y permita Dios que no le oigamos bramar, con desesperada voz, a los ecos de la frontera...: « ¡Libradme de esta canalla que me hizo odiar la libertad, que en pago de ello os ofrezco mi servidumbre!» Para entonces, para que no nos asalte la incapacidad mortal de tener que resolver por nosotros mismos nuestro angustioso drama interno, es por lo que a la cruzada nacionalista importa soberanamente completarse y reforzarse con su proyección universal, o sea por la conciencia del factor decisivo que, a pesar de su debilidad, Portugal representa para que la civilización occidental se salve sobre su doble base católica e hispanista. Merecen, pues, sobradamente, los juicios que Cherteston dedica a los patriotas en general, considerándolos siempre patéticamente retrasados en relación a su tiempo, a punto de que, obcecados con los enemigos tradicionales, no descubren los nuevos, los merecen, repito, los supuestos patriotas que entre nosotros, aislados en un estéril concepto territorial de la patria, declaman continuamente el aria rétrica de su odio a Castilla. Además de reducir a mera expresión negativa la resistencia histórica de Portugal, lo asfixian, lo estrangulan, dándole la convicción de que, desbaratado en fratricidas pugnas internas, el buitres le acecha de reojo, gozando de antemano el momento de cebarse en sus pobres despojos. La eliminación de nuestra conciencia nacional es creciente,

y no contribuyen poco a ello quienes agrandan los peligros reales con tormentosas fantasías. De aquí el desfallecimiento de savias y energías poco esclarecidas, y, lógicamente, el convencimiento íntimo de que nada nos sustrae a la catástrofe ya acusada en el horizonte. Si, por un desenlace inevitable, la sombra del Estado que se revuelve convulsivamente en el Terreiro do Paço se deshace y naufraga totalmente, ¿quién se creará dispuesto a levantar un dique contra el torrente sangriento que se desataría? Ahora bien: sea por una vecindad incómoda, o porque, en una renuncia vil, abdiemos de los sagrados derechos de la defensa propia, España puede intervenir—y hacerlo en términos que si no son de conquista, imposibiliten al menos aquella fraterna armonía, de que tanto nosotros como la nación hermana necesitamos para que se cumpla en el mundo la vocación superior de la Península—nuestro mandato de pueblo predestinado.

Creo, piadosamente, que esto no sucederá. Pero ya no creo con tanta firmeza el que no estalle, provocado por la insensatez de nuestras esferas oficiales, un conflicto que nos desvíe funestamente de España, desviándonos del camino de nuestra antigua grandeza. Nadie ignora a qué poderes ocultos obedece nuestra República. Tan presto como se presiente, se toque, se demuestre que la aproximación de Portugal y España significará un paso de incalculable alcance para el establecimiento del orden social cristiano, no dudo que se busquen todos los medios de alejamiento, que se cave, y en proporciones de abismo, el pequeño foso—ya tan cegado, felizmente—que se abre entre las dos nacionalidades. Y observo

con tristeza que son católicos, y católicos respetables, por su talento y virtudes, pero en quienes se adormeció el sentido ecuménico de nuestra historia, los que más ayudan a crear el ambiente de que mañana, de un instante a otro, se aprovechará nuestra jacobinacracia, señaladamente masónica.

Caracterizado el nacionalismo portugués por la fisonomía eminentemente universalista de nuestro genio, sería una sólida campaña, de los mayores beneficios para Portugal, la que se orientase entre nosotros en la dirección del *Hispanismo*. No sólo se entorpecen los caminos de la supremacía venidera de Portugal, como uno de los ejes del futuro «Imperio de Occidente» («Imperio», en equivalencia de «supernacionalismo»), sino que también prevenimos las consecuencias gravísimas de cualquier calamidad pública, que hubiese de arrastrar con su cola una actitud más pronunciada de España, como inspiradamente afirmó Oliveira Martins—hace ya treinta años—, no sólo nos preservará de posibles hostilidades, sino que robustecerá de modo incalculable nuestras depauperadas fuerzas nacionales. Observemos paralelamente que más amenazador que el *peligro español* es para nosotros, lo es para España el *peligro portugués*. Porque el *peligro portugués* subsiste para España (pasmaos, ¡oh patriotas mecidos por la lírica dulzona de Tomás Ribeiro!), y subsiste más abultado que nunca... Es que España, impaciente, ansiosa por una situación de hegemonía que la respetabilice ante América, no consigue abrir las alas, iniciar el vuelo, porque está geográficamente prisionera de Portugal. El Portugal prisionero del régimen desnacionalizador en que nos degradamos de día en

día, ¿no será en cierto modo un núcleo de infección, de cuyo contagio nos debemos guardar por prudencia? Por las miserias del presente, por las imposiciones del pasado y por las exigencias del futuro, se alcanza ya cuanto el nacionalismo portugués se encuentra estructuralmente ligado a la aspiración hispanista. Tan incrédulo de la personalidad histórica definida y autónoma nuestra, Oliveira Martins, que en compensación se penetró del espíritu unitario de la civilización peninsular, llegaba al sentimiento de la Patria portuguesa gracias a un matiz acentuado, pero no discordante con el tono general del peninsularismo. Si en la tortura pesimista de Oliveira Martins, nuestro nacionalismo brotó como corolario lógico de la inspiración hispanista, la inspiración hispanista se revela a nosotros, los que partimos por operación inversa, de la existencia de la patria portuguesa como de un dogma, cual imprescindible complemento en que se proyecta y amplía, agitada por las profundas ansias universalistas de su alma, de su genio. Cómo este universalismo, tan portugués como castellano, dió ser al nacionalismo hispánico, ya lo sabemos. Cómo el supernacionalismo hispánico es hoy, entre las nubes de tragedias que se acumulan en el horizonte, el baluarte sólido de la civilización occidental, lo juzgo igualmente demostrado.

Limitado por los prejuicios de su tiempo, Oliveira Martins veía en la alianza peninsular tan sólo un simple, pero formidable arreglo, de uerzas políticas y materiales. Escapábasele, en relación a América hispánica, el refuerzo que de ahí vendría al entendimiento de las dos naciones de la Península. Escapábasele, sobre todo, el alcance espiritual de semejante

alianza, su influencia incalculable en el destino amenazado de la civilización occidental. Pero las razones invocadas por Oliveira Martins subsisten, y subsisten robustecidas por el significado, cada vez más saliente, del supernacionalismo hispánico. Si la «alianza peninsular» es el medio más seguro de conjurar para siempre el pérfido fantasma de la «unión ibérica», la vuelta a la antigua idea de «cooperación», en que se inspiró la casa de Avís, salta a los ojos de todos como condición básica del dualismo hispanolusitano. ¡No nos perturbemos, portugueses ni españoles, con locos sueños de conquista universal! El único imperialismo admisible, el imperialismo hispánico, es el destinado a mantener en su sagrada inviolabilidad el tipo occidental de las nacionalidades creadas por nosotros. Para que en toda la idea de «cooperación» de los Reyes de la dinastía de Avís nos sirva de norma de conducta, ni siquiera nos falta para un mañana, ya próximo, la lucha inevitable de Asia con Europa.

En el orientalismo, rugiendo como una señal de tormenta, ¿no se volverán a repetir los embates épicos del Quinientos, con Carlos V atajando el avance del turco y con nuestros «atrevimientos cristianos» —los «atrevimientos cristianos» de la «pequeña Casa Lusitana»—, rechazando a la onda invasora hacia su India soñolienta?

Sea como fuere, «nacionalismo», «hispanismo» y «universalismo», en su mayor elevación católica, son sinónimos en la historia del Portugal descubridor y evangelizador. La idea de «oposición» a España, que en el dualismo peninsular sustituyó a la idea de «cooperación», coincide absolutamente con nuestra de-

cadencia y con la decadencia de la nación hermana. Constituye, incluso, hasta uno de los frutos más dañinos de la política del «equilibrio». No me canso nunca de repetir que el crepúsculo del peninsularismo en el siglo XVII no se distingue, ni del crepúsculo de la cristiandad, ni del comienzo de la anarquía en que se deshace lamentablemente la Europa de hoy. Perdida o imposibilitada nuestra vocación universalista, volvieron las querellas fraticidas de límites, que acusan un retroceso sensible a la Edad Media, a ser tema de discusión entre españoles y portugueses. No se extinguió, sin embargo, totalmente la comprensión, tan adormecida, de un *interés peninsular* común. Las tentativas de don Juan V y doña María I, recurriendo al viejo proceso de los matrimonios dinásticos, nos lo demuestran sobradamente. Pero más aún el levantamiento en masa de Portugal y España contra las águilas del corso, contra el francés andrajoso y expoliador.

«A quoi servirait l'histoire, si elle ne nous apprenait à éviter les grandes erreurs où nos pères ont pu tomber?»—pregunta Jacques Maritain—. Apliquemos sus palabras al caso de la «Alianza peninsular». La Historia nos enseña que, realmente, en la idea de «cooperación», inaugurada por la casa de Avís, reside la médula del acercamiento hispanolusitano. Pero nos enseña también que esa idea nos arrastró a la escisión violenta de 1640, con gravísimas consecuencias para las patrias peninsulares, porque el dualismo político en que se fundamentaba la armonía de la Península cedió su puesto a la Monarquía dualista. ¿Por qué? Porque el vínculo dinástico era entonces el vínculo que unía a los Estados y presidía

la resolución de la mayoría de sus crisis. Lo que no sucede hoy. Libertados por ellos de una recíproca preocupación unitaria, sólo tenemos que defendernos de las codicias desnacionalizadoras de la Banca, que soñando negocios succulentos, no cesa de inmiscuirse en nuestros engranajes gubernativos, ablandándolos, corrompiéndolos, solidarizándolos en complicidades que puedan mañana llevar a quienes defienden en Portugal, como remate de su nacionalismo, la aspiración hispanista, a optar por la «idea de oposición» de 1640. Porque si el Conde-Duque nos sumió en las brumas de la muerte, otro centralismo más terrible amenaza enredarnos en sus tentáculos voraces: la confabulación de media docena de banqueros, para quienes Portugal no pasa de ser una presa codiciable todavía.

En las páginas que forman el núcleo original del presente volumen, páginas que reproducen, como ya hemos dicho, una conferencia pronunciada en Madrid en la Unión Iberoamericana, se rinde homenaje a las egregias y pálidas sombras de algunas Princesas de Portugal que, sentándose en el Trono de Castilla, dulcificaron con el aroma de su corazón las hostilidades que a veces y bien agudamente, sobrevinían entre las dos patrias peninsulares.

Aunque la política de los matrimonios reales trajese siempre dentro de sí el germen fatal que fructificó en la Monarquía dualista de Felipe II, como hubiera podido fructificar antes con el Príncipe don Alfonso, hijo de don Juan II, o con el Príncipe don Miguel,

hijo del Rey Venturoso, no debemos negar a tan diligentes y tiernas preparadoras de las mejores horas de la Península nuestro homenaje de hombres, que si piensan gravemente sobre problemas tan magnos como el del *Hispanismo*, saben también sentir el perfume de las virtudes femeninas que lo anunciaron y hasta le realizaron en sus comienzos. Con reverencia nos inclinamos, pues, ante la memoria de Santa Teresa de Portugal, de la Emperatriz Isabel, de doña Bárbara de Braganza. No olvidamos tampoco aquellas plantas regias trasplantadas de otros reinos de la Península al solio de Alfonso Enríquez. Desfila el cortejo transparente, cortejo abillantado con dulces espiritualidades de vidriera de catedral. Es Santa Isabel de Aragón, nuestra Reina santa; es doña Juana de Austria, madre de don Sebastián, el más portugués de nuestros Monarcas; es doña Luisa de Guzmán, obrera admirable del Portugal restaurado, y es, ¿por qué no subrayar su nombre?, doña Carlota Joaquina, que defendió con tanto denuedo a Portugal del maléfico viento de la revolución.

De la sangre de Avis, inyectada al árbol débil de los Trastamaras, salió la gran Isabel, símbolo de la España mayor. De las entrañas de doña Juana de Austria salió el Rey en quien se personificaron, para la vida y para la muerte, para la gloria y para la desdicha, los anhelos más ardientes del alma lusitana. ¡Hagamos extensivos estos lazos de familia a la conciencia de las dos nacionalidades! Entonces comprenderemos, sin recelos de mutuas agresiones y siempre dispuestos a expulsar del sagrado de nuestra historia a sus profanadores, por qué misterioso designio Isabel la Católica fué bisnieta del maestre de Avis

y del Condestable Santo, y por qué vino de la stirpe ducal de Medina Sidonia la mujer que, varonilmente, amparó en el período más incierto de la guerra la marcha vacilante del Portugal Restaurado.

Y término. Termino exactamente cuando pasa otro aniversario más de la batalla de Aljubarrota, batalla que no sólo consolidó la independencia de Portugal sino que al cimentar el futuro peninsular hizo posible la incomparable empresa de los descubrimientos.

Si hubiésemos vencido en Toro, se hubiese perdido Aljubarrota casi cien años después. Perdida Aljubarrota, estaríamos seguramente los hispanos en contiendas intestinas, como las que debilitaron a Italia, o no habríamos sobrepasado el ideal francés de redondearnos y completarnos a costa del vecino. La vocación universalista de nuestro genio no se hubiese cumplido, ni los *Lusiadas* tal vez se hubieran escrito, esculpiendo en el bronce de sus estrofas el «Testamento de España». En la raíz, por tanto, de la inspiración hispanista, Aljubarrota existe como fundamento inamovible de la unidad superior de la Península, y existe y existirá consecuentemente al dualismo en que ella se reparte. ¡Que Portugal y España lo entiendan como norma inspiradora de su acción futura y la civilización occidental triunfará de la densa oscuridad en que se extravía!

Elvas, quinta do Bispo,
Víspera de Santa María de Agosto,
año de 1924.

LA UNIDAD HISPANICA...

La enorme significación universal de los descubrimientos no consiste tan sólo en haberse abierto a la actividad humana nuevos continentes y nuevos océanos. Consiste, ante todo, en haber trasladado del Mediterráneo al Atlántico el eje de la civilización. Por este suceso único, asombrosamente transfigurador de la faz de la Tierra, la Edad Moderna es hija de un pequeño pueblo de navegantes, al que no siendo fácil desenvolverse por la expansión territorial, buscó en el imperio de las aguas el apoyo principal de su soberanía militar y política.

Hoy, como ayer, es en el mar donde se encuentra la llave del resurgimiento de Portugal. Hoy, más que nunca, es en el poderío naval donde reside la base, no diré de la hegemonía, pero sí de la independencia y de la defensa de la Península. Cuando hablo de la Península, hablo necesariamente al mismo tiempo de Portugal y de España. Los mismos intereses nos ligan y las mismas aspiraciones. Lo que en las páginas de nuestra Historia nos aparece como más alto y más bello, patrimonio es de las dos patrias peninsulares. Sólo los españoles y los portugueses supieron verdaderamente colonizar, elevando a